

Florencia Abbate
Cristian Alarcón
Carlos Alonso
Mario Pasik y Marta Betoldi
Pilar Calveiro
Albertina Carri



treinta ejercicios de memoria

A TREINTA AÑOS DEL GOLPE

María Teresa Constantín
Carlos Del Frade
Lucas Di Pascuale
Christian Ferrer
Joaquín Furriel
Sebastián Hacher



Ernesto Jaureche
Alejandro Kaufman
Adriana Lestido
Liniers
Gustavo López
María Pía López



José Luis Mangieri
Graciela Montes
Violeta Nuñez
Adrián Paenza
Martha Rosenberg
Jorge Rulli



Sergio Schmucler
Maristella Svampa
Héctor Tizón
Fernando Traverso
Laura y Alejandro Vilte
Miguel Vitagliano




MINISTERIO DE
EDUCACIÓN
CIENCIA Y TECNOLOGÍA
PRESIDENCIA de la NACIÓN
Dirección Nacional de Gestión
Curricular y Formación Docente



A 30 años

Ministro de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación

Lic. Daniel F. Filmus

Secretario de Educación

Prof. Alberto Sileoni

Subsecretaria de Equidad y Calidad

Lic. Mirta S. de Bocchio

Directora Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente

Lic. Alejandra Birgin

Treinta ejercicios de memoria

A treinta años del golpe



El proyecto **«A 30 años del golpe»** está integrado por:

María Celeste Adamoli, Estanislao Antelo, Jordana Blejmar, Mabel Fernández , Andrea Graciano, Lucía Litichever, Ana Longoni, Federico Lorenz, Pablo Luzuriaga, José Luis Meirás, Roberto Pittaluga, Eduardo Toniolli, Javier Trímboli.

Equipo de producción de este volumen:

M.C. Adamoli, J. Blejmar, A. Longoni, P. Luzuriaga, J. L. Meirás, J. Trímboli.

Diseño y producción visual:

Ana Efron, Sergio Massun, José Luis Meirás.

ISBN

Primera Edición: febrero de 2006

© 2006. Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación Argentina

Impreso en Argentina.

Publicación de distribución gratuita.

Prohibida su venta. Se permite la reproducción de todo o parte de este libro con expresa mención de la fuente y autores.



Para la libertad

Durante casi ocho años el terrorismo de Estado imprimió su huella de muerte, silencio, exilio e intolerancia. En la educación argentina quedaron cicatrices imborrables: docentes e intelectuales exonerados, encarcelados, desaparecidos, exiliados o silenciados por el miedo; bibliotecas destruidas, contenidos censurados. Cientos de miles de jóvenes vieron frustradas sus vocaciones por una universidad restrictiva, por claustros empobrecidos y por la persecución lisa y llana.

A su modo, los dictadores no se equivocaban. El saber, la democratización del conocimiento, la reflexión crítica y la dignidad son siempre una usina de libertad incompatible con los regímenes oprobiosos. Como contrapartida, la escuela es la principal institución para garantizar que el horror no se repita. No podemos ignorar que la dictadura fue posible porque la cultura democrática, los valores de la libertad y la justicia estaban débilmente arraigados en la sociedad argentina. Nadie ignora ya que la clausura de la participación política contribuyó a imponer un modelo económico y social de exclusión, cuyas consecuencias aún hoy resultan difíciles de revertir. En esos años, se sentaron las bases para la destrucción del Estado de bienestar, se minó la producción industrial y se profundizó la brecha social.

La única manera de evitar que se repita en la Argentina la barbarie que instaló la última dictadura militar hace 30 años es recordar y reflexionar permanentemente sobre nuestro pasado. Confiamos en que los 30 testimonios que presentamos aquí nos ayuden a pensar acerca de la libertad, la democracia y los derechos humanos. La toma de conciencia acerca de los crímenes de lesa humanidad cometidos en la Argentina debe estar acompañada por la decisión política de construir una sociedad más justa y solidaria, que nos permita formar hombres y mujeres más autónomos y críticos. Las dictaduras, aquí y en cualquier otro lugar, no solo destruyen vidas y bienes materiales, sino que instalan hábitos y conductas autoritarias que trascienden los límites temporales de su vigencia y necesitan de una educación y una práctica democrática para desterrarlos de las sociedades que las padecieron.

Recordar no es anclarnos en el pasado: es la condición para poder pensar el futuro. Sólo lograremos reconstruir la sociedad integrada, justa y soberana que deseamos, sobre la base de un ejercicio permanente colectivo del debate, la reflexión, la participación, la solidaridad.

El Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología se compromete a trabajar para mantener fresca la memoria en cada escuela, en cada aula del país. Todos los días acuden a nuestras escuelas 10 millones de niñas, niños y adolescentes; a ellos están dirigidos estos testimonios. La labor cotidiana de nuestros docentes en la formación de las nuevas generaciones es fundamental para la construcción de una sociedad profundamente democrática. Para que jamás perdamos la conciencia de la necesidad de defender la vida y la libertad.

Lic. Daniel Filmus

Ministro de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación

*Amontonad los cadáveres en Austerlitz y Waterloo,
echadles tierra encima y dejadme a mí obrar.
Yo soy la hierba, lo cubro todo.*

*Y amontonadlos en Gettysburg,
Y amontonadlos en Yprés y en Verdún.*

Echadles tierra encima y dejadme a mí obrar.

*Dos años, diez y los turistas preguntan al conductor:
¿qué sitio es este?
¿Dónde estamos ahora?*

*Yo soy la hierba.
Dejadme obrar.*

Carl Sandburg
(poeta norteamericano, 1878-1967)

La hierba

Para que nunca más la hierba del olvido nos cubra de espanto, el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, como integrante del Poder Ejecutivo Nacional, reivindica como propia la tarea de ejercer la memoria y conjurar el olvido. Estos treinta ejercicios de memoria, que podrían ser treinta mil, forman parte de las actividades propuestas para recordar el 30° aniversario de la dictadura más sangrienta que haya padecido la Argentina.

Ejercer la memoria es un derecho inalienable de los hombres y una responsabilidad de la sociedad. Si el terror es insidioso, la educación es la herramienta privilegiada de la memoria, el vehículo para que se produzca esa necesaria transmisión cultural de una generación a otra.

De maestros a alumnos, de padres a hijos, de los más viejos a los jóvenes y a los niños; en esas direcciones y de esa manera, las sociedades pelean por la vida.

En cada casa, en cada aula, en las plazas, en las mesas de los bares, un día y todos los días que sean necesarios, recordaremos a aquellos que nos precedieron en la lucha por la justicia y por los derechos humanos. Los constructores de una mejor sociedad.

En estas páginas también homenajeamos a los centenares de compañeros y compañeras del campo de la educación desaparecidos en los años del terror: docentes de todos los niveles y alumnos secundarios y universitarios.

Así, la voz de nuestro Ministerio se une a infinidad de otras voces y gestos que, a lo largo y ancho de nuestro país, reclaman memoria.

Prof. Alberto Estanislao Sileoni
Secretario de Educación



Introducción

Los treinta años del golpe de Estado ocurrido el 24 de marzo de 1976 se nos presentan como una oportunidad particularmente significativa para reflexionar sobre aquello que sucedió en el pasado reciente de nuestro país, pero también sobre lo que nos atraviesa en el día a día, interpelándonos acerca de qué futuro como sociedad queremos. Desde esta perspectiva, el Proyecto «A 30 años» que se lleva adelante desde la Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, promueve una serie de iniciativas que se proponen construir espacios compartidos de indagación y pensamiento en las escuelas e institutos de formación docente de todo el país.

Apostamos a propiciar el diálogo y a estrechar la brecha que existe entre las generaciones que vivieron y sufrieron en carne propia el terrorismo de Estado y las nuevas, nacidas en democracia, pero cuyas vidas están sin duda marcadas por la herencia de lo sucedido. Sólo mediante el lazo que produce la transmisión será posible anudar el pasado y el futuro, invitando a «los nuevos» a protagonizar la historia y a imaginar mundos mejores.

Este libro

Este volumen es una iniciativa que impulsa el Proyecto «A 30 años», con la intención de servir

como disparador para trabajos sostenidos de reflexión, debate y producción entre docentes y estudiantes. Para construirlo, le pedimos a treinta escritores, poetas, educadores, psicoanalistas, periodistas, cineastas, artistas plásticos, fotógrafos y actores que eligieran una imagen significativa, aquella que le resultara más representativa de su propia experiencia durante aquellos años, ya sea una foto privada o pública, una obra plástica, un recorte gráfico, un objeto, lo que fuera. Y que a partir de esa imagen escribiesen un texto breve acerca de los porqué de su elección, realizando lo que llamamos un ejercicio personal de memoria. Como podrán advertirlo, quisimos garantizar que estos ejercicios aquí reunidos provinieran de distintas generaciones y lugares del país, y que, a su vez, dejaran entrever diferentes situaciones biográficas durante los años de la dictadura. A los treinta participantes, nuestro mayor agradecimiento por su generosa disposición a colaborar en este proyecto y a contribuir a la construcción colectiva de nuestra memoria, una tarea tan necesaria como ardua.

Toda selección es arbitraria y, por cierto, lo es aún más dadas la singularidad del tema frente al cual no hay quien no tenga algo valioso que contar. La decisión de restringir las colaboraciones a treinta —en alusión por supuesto al aniversario que se cumple este año 2006— funcionó, a su vez, como un límite y como un marco imprescindible para el libro. Nuestra

invitación estuvo dirigida a un grupo de personas que tienen en común el hecho de dedicarse a la producción de representaciones que, a través de palabras e imágenes, recrean anhelos, pesadillas, dolores y alegrías que son individuales pero también colectivos. Su labor circula en libros, cuadros, películas, fotografías, así como también en un aula o en una sala de teatro, formatos y espacios que revelan el deseo de transmitir lo producido a otros. En este sentido, la selección de autores a la que arribamos no pretende reflejar a los distintos sectores sociales o profesionales que conforman nuestra sociedad, sino que prioriza la posibilidad de dar lugar a un intercambio entre generaciones, sostenido en trayectorias individuales que vienen inyectándole densidad a la trama de símbolos y representaciones que nos pueblan en tanto conjunto social.

El resultado de esta convocatoria, como podrá notar el lector al adentrarse en el libro, despliega una constelación de voces. Desde la imagen que no requiere palabras y las palabras que deciden no congelarse en ninguna imagen, aparecen una diversidad de tonos (de la confesión íntima al énfasis polémico, de la carta privada a un ausente querido a la reflexión teórica sobre la memoria y el olvido), de géneros (poesía, ensayo, memoria autobiográfica) y de registros de escritura. Desde la foto extraída del álbum familiar más atesorado hasta la representación universal del

horror («El grito» del pintor expresionista noruego Edvard Munch), desde el conocido ícono publicitario del mundial de fútbol hasta la construcción deliberada de un nuevo signo. Las miradas sobre la experiencia colectiva argentina de las últimas décadas, que subyacen a cada ejercicio de memoria, no pueden ser sino disímiles. Nuestro posición, en tanto que Proyecto del Ministerio de Educación, fue la de abrir un territorio lo suficientemente amplio para que pueda contener incluso contrastes abruptos que, no obstante, se reconozcan en la valoración de la vida democrática y sus instituciones. Podría leerse este libro como un tenso collage que, a partir de fragmentos y de perspectivas disonantes, reclama articular sus historias en un cuerpo múltiple, multifacético.

En medio de esa diversidad, muchos de estos «ejercicios de memoria» eligen hablar de la dictadura evocando un arco común de emociones (el terror, la pérdida de alguien muy cercano, la persecución, la opresión en el pecho, la gama de grises del cielo, las miradas bajas, los susurros) que se instalaron en la vida cotidiana y son rememorados desde un registro personalísimo que se sitúa mucho más allá —o más acá— de la unanimidad de la condena. Asimismo se dan lugar en estas páginas resquicios de libertad, de resistencia o de lucha que pudieron idearse a contrapelo del terror. Lo que muchas veces se esconde en una cifra abrumadora —30.000 desaparecidos— se vuelve en varios de estos ejercicios un rostro preciso y una biografía concreta. Es de este modo que *Treinta ejercicios de memoria* colabora a desafiar el

consenso extendido durante los años de la transición democrática, consenso que resaltaba que nuestra sociedad, fundamentalmente sus jóvenes, había sido blanco pasivo del terrorismo de Estado, imaginado como un cuerpo extraño que se hizo presente como un rayo en cielo sereno. El reconocimiento de distintas militancias (políticas, sindicales, estudiantiles, incluso armadas) es hoy una zona ineludible en la construcción crítica de una historia de la trama social desmantelada en aquella época.

Otros ejercicios aquí reunidos eligen exponer aristas complejas y habitualmente eludidas en los relatos sobre aquel difícil período: las complicidades, los silencios, el tácito dejar hacer, las actitudes ambiguas de gran parte de la sociedad ante lo que estaba ocurriendo. Se suceden así inquietantes referencias al conflicto del Beagle, al Mundial de Fútbol de 1978, a la guerra de Malvinas... Se formulan preguntas álgidas pero inexcusables sobre el rol de los medios masivos, de sectores de la Iglesia e incluso de las movilizaciones populares en el sostén de la dictadura. Para aproximarse a esa otra cara, la de la aparente «normalidad» del terrorismo de Estado, Pilar Calveiro sugiere que «el terror construye también esta 'normalidad' y esta 'bonhomía', sin la cual no se puede entender que muchos dentro de nuestra sociedad no quisieran o no pudieran ver».

Son varios los autores que señalan que todos —os que eran niños, jóvenes o ya adultos hace treinta años, los que participaban de alguna manera en la

vida política y los que se mantenían al margen—, todos fuimos de alguna forma alcanzados por el terror. No sólo por la ausencia irrevocable y atroz de alguna persona querida, hermano, hijo, padre, madre, amigo, vecino o compañero de trabajo. Sino porque, en alguna medida, todos sabíamos lo que estaba ocurriendo. Así lo condensa en su ensayo María Pía López: «Fábula de la infancia: la inocente alegría del no saber. El problema es que se sabía, que esa niña que fui —que soy cuando recuerdo— sabía. Sabía que la tranquilidad de la siesta en el Barrio Obrero de una ciudad bonaerense podía rasgarse con un operativo militar».

Un recurso en la escuela

Este libro está particularmente abierto a múltiples posibilidades de lectura y su objetivo estará por demás cubierto en cada escuela o instituto de formación docente si permite una entrada imprevista, si desata entre los estudiantes alguna resonancia inesperada o algún nuevo debate entre sus lectores. Nos permitimos, no obstante, sugerir posibles abordajes para trabajar con él en las aulas.

A través de la lectura de *Treinta ejercicios de memoria* es posible aproximarse a distintas dimensiones de la cotidianeidad de aquella época, y en este sentido, puede pensarse qué cuestiones aparecen destacadas y en qué medida se contraponen, se diferencian, se asemejan, se distancian o se acercan a nuestras vivencias actuales.

Se abre también la posibilidad de trabajar a partir de las distintas imágenes del libro, por ejemplo, desde la elección de alguna de ellas y un posterior ejercicio de escritura, debate o reflexión. Hay una serie de preguntas que puede ser de utilidad a la hora de promover en el aula que los estudiantes miren con atención estas imágenes: ¿por qué fue elegida por el autor?; ¿qué nos evoca a cada uno de nosotros y qué asociaciones nos despierta?; ¿en qué se parecen y en qué se diferencian entre sí?; ¿con que imagen de circulación actual podría relacionarse?

Otra alternativa es retomar alguno de los ensayos a partir de los interrogantes que deja formulados. Por ejemplo, ¿qué oscura faz de la sociedad argentina pone en evidencia la guerra de Malvinas, según Maristella Svampa. ¿Coincidimos con ella? ¿Por qué? ¿Puede verse, en todo caso, ese lado oscuro en algún acontecimiento más reciente?

También podemos ayudar a percibir los puntos de contacto o de diferencia entre dos o más ejercicios de memoria, en relación con la evaluación que proponen de la dictadura. En ese sentido, hay varios textos que se detienen en marcar el consenso, pasivo o activo, que generó la dictadura entre la sociedad. Mientras que otros, en cambio, tienden a localizar al pueblo al margen de una violencia y un conflicto que le habrían sido ajenos, reforzando una visión extendida en la sociedad argentina de los años ochenta.

Una vía fundamental para leer este libro es preguntarnos por las distancias que se ponen de manifiesto entre aquellas experiencias y nuestras vivencias actuales. Distancias que son evidentes, pero que a veces dejan traslucir ciertas continuidades: las violencias y las injusticias que, aunque con otra intensidad y bajo distintas formas, persisten en nuestra sociedad, motivadas por otras razones y fuerzas.

Treinta ejercicios de memoria puede funcionar también como una invitación a recrear la consigna de escritura que le dio origen, ya sea para abordar la misma dictadura o algunos de sus episodios —tal como la guerra de Malvinas—, como para pensar una época en particular de la vida de los estudiantes (la primera infancia), o un acontecimiento histórico próximo a ellos (por ejemplo lo acontecido el 19 y 20 de diciembre de 2001 o el atentado de la AMIA en 1994). De esta forma, eligiendo una imagen que para ellos condense de manera significativa un acontecimiento y escribiendo un breve texto, los estudiantes realizarían su propio ejercicio de memoria.

Por otra parte, muchas de las cuestiones que se plantean en los distintos escritos pueden dar pie a la producción de investigaciones sobre algún tema puntual, abriendo nuevas preguntas, interrogando a actores silenciados, recuperando experiencias personales, familiares, locales, regionales hasta ahora no consideradas.

El problema de la construcción de la memoria atraviesa por supuesto estos distintos ejercicios, y permite

reflexionar sobre la dinámica del olvido y el recuerdo en nuestra sociedad. Una dinámica en la que se entrecruzan duelos colectivos e individuales y que es imposible congelar o cerrar. Relatos íntimos e historias públicas. Gritos y secretos.

Una cita secreta

«Existe una cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra» escribió alrededor de 1940 el filósofo alemán Walter Benjamin. Una cita entre el pasado y el presente, y también entre el pasado y el futuro. Con esa breve sentencia, Benjamin sostiene que no es irreversible que lo acontecido en el pasado —con su carga de deseos y pasiones, pero también de violencias e injusticias— permanezca desconocido para los más jóvenes.

La invitación del Proyecto «A 30 años» es a producir esa cita secreta, a tornarla real en las aulas de nuestro país. Alguien podría advertirnos que este movimiento ha sido siempre el de la educación, que ha intentado mediar entre lo viejo y lo nuevo, para apostar con mejores probabilidades a que el futuro sea más justo. Y estaría en lo cierto. Sucede que lo acontecido en estos últimos treinta años puso de manifiesto la tremenda pobreza que se apodera de una sociedad cuando ésta se desentiende de sus muertos, que es otra forma de desentenderse de los vivos, de dejarlos más solos, en la intemperie.

Ojalá este libro ayude a convocar, contra ese efecto desolador, a esta cita secreta y necesaria.



30 ejercicios de memoria



01.

«Todos los días»

María Pía López

Todos los días. Todos los santos días: de lunes a viernes. La escuela esperaba. Estaba ahí, había que llegar a ella, aceptar su acogedor abrazo. Darle su alimento: nuestra obediencia y nuestra indisciplina. Darle los cuadernos.

Todos los días cuadernos pintados. Con pequeñas banderas -pintadas con lápices de colores- de los países que ese día jugaban un partido. Creo recordar que un gauchito dibujado era parte de los dones cotidianos a la escuela.

Todos los días, dibujar y pintar. Una y otra bandera. Razones pedagógicas, quizás: un presunto interesado camino hacia el saber histórico y geográfico. El fútbol sería el camino apasionado hacia ese anaquel de conocimientos. Pero la pedagogía fracasó conmigo.

Todos los días, la pedagogía de los lápices de colores produjo odio. Sólo eso: no recuerdo ninguna bandera. Apenas, por reiteración, la de Argentina. Quizás se debió a que no quería levantarme de la cama para hacer los deberes. Sin saber que evocaba a Onetti, pretendía que la escritura y la horizontalidad eran compatibles. Quizás se debió, también, a que la ocio-

sidad alcanzaba, con peculiar insistencia, al acto de sacar puntas a los lápices. La horizontalidad y las puntas rasposas imposibilitaron todo placer y cualquier aprendizaje.

Todos los días, odio al mundial. Si había partidos, había banderas. Si había banderas, había que pintarlas. Y encima, el gauchito. Varias desconfianzas deben provenir de esos días: frente al festejo futbolístico, frente a la escuela, frente a la infancia. Porque la infancia no es bella. Tanto que no puedo recordar con alegría a esa niña de segundo grado, con cuadernos que solían ser acreedores de la demanda de mayor prolijidad, que nunca supo peinarse ni sacarle punta a los lápices.

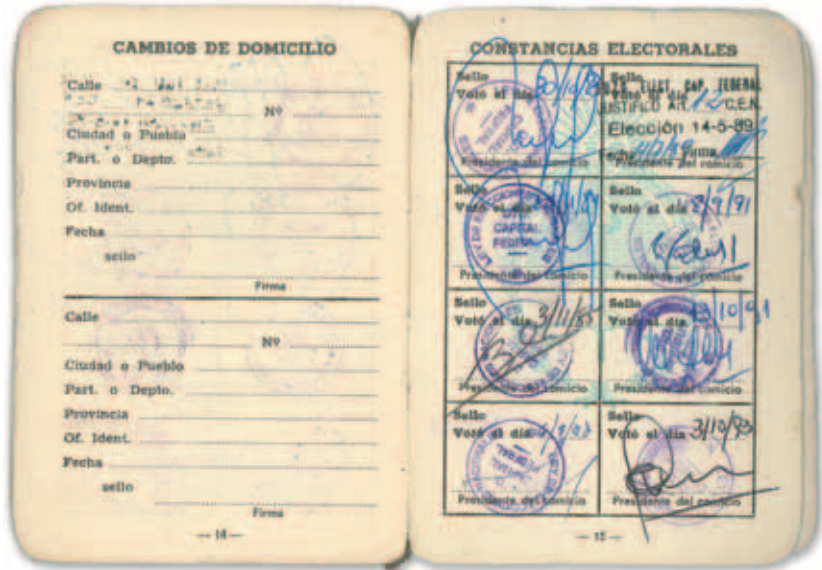
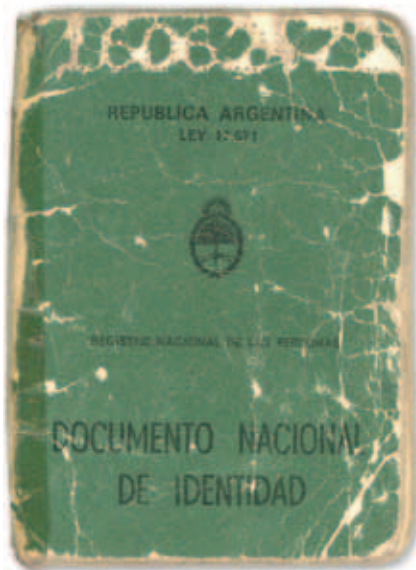
Por esos días la revista *Para Ti* —¡recién ahora percibo el arcaísmo de ese nombre en el país del voseo!— traía postales. Era un servicio patriótico: había que enviarlas al exterior para contrarrestar la campaña antiargentina. Recuerdo una, tan inocente como el gauchito. Niños rubios agitando banderitas nacionales. La frase: los argentinos somos derechos y humanos. Quizás me gustaba la foto, o querría haber sido

una niña rubia bien peinada. Por algo la recuerdo. Pero no la mandé.

Banderas y niños. Un infante gaucha como símbolo mayor: inocencia y alegría. Fábula de la infancia: la inocente alegría del no saber. El problema es que se sabía, que esa niña que fui —que soy cuando recuerdo—, sabía. Sabía que la tranquilidad de la siesta en el Barrio Obrero de una ciudad bonaerense podía rasgarse con un operativo militar. Sabía que Navidad no era nombre de la espera de un gordo vestido de rojo, sino el momento de la frustración por otro blanqueo no efectuado, el fin de otra espera. Sabía que ningún festejo dejaba de estar amenazado por los relatos sobre el sonido de un tren arrollando autos.

Todos los días sabía y todos los días ignoraba. Porque sabía quería ser una niña rubia -bien peinada- agitando una pequeña bandera celeste y blanca; porque ignoraba creía que el problema era el áspero sonido de los lápices sin punta en un papel. Los cuadernos habrán sido tirados como restos poco memorables. La escuela está allí, todavía a la espera de las ofrendas que cada generación debe sacrificarle. Richard nunca tuvo legalización ni amnistía navideña. Mi abuela esperó, hasta su muerte, escuchar que su nieto golpeara a su puerta. Casi en secreto me contó que cada noche despertaba sobresaltada, imaginando esos golpes.

Yo: todavía huyendo de eso que fue juego e infierno. Todos los días. ■



02.

«DNI»

Miguel Vitagliano

En julio de 1977 cumplí dieciséis años pero dejé pasar unos meses antes de iniciar los trámites para obtener mi DNI. La demora obedecía a un compromiso con un amigo: nos habíamos propuesto tener números consecutivos en nuestros documentos. Como si fuera poco, llegado el día nos cortamos el pelo de igual manera y posamos para la foto con camisas idénticas, la misma corbata y el mismo saco. No recuerdo haber pensado algo especial para ese gesto, aunque creo que el hecho hablaba por sí solo: quería escribir una marca personal en el librito del DNI que se imponía como un todo ya finiquitado.

La foto siguió recordándome aquel día mucho tiempo después, cuando ya había llenado una página de la sección «cambios de domicilio» y mis amigos no eran los mismos. En realidad, todo había cambiado a mi alrededor en el '82, menos el DNI que, aunque un poco ajado y con la tapa deshilachada, seguía siendo igual a sí mismo. Era lo único invariable, y el único objeto que me había acompañado todos los días, minuto a minuto. Ni mi reloj era el que había sido, tampoco mis zapatillas rojas ni mi morral; en cambio el DNI insistía con su presencia obligatoria, siempre debía estar conmigo. Lo tanteaba en el bolsillo antes

de salir de mi casa para asegurarme que estaba allí. Porque la policía podía exigírmelo en la calle, o un retén militar mientras viajaba en colectivo, o en el cine —como me había sucedido ya una vez— en plena función cuando, de golpe, las luces se encendieron y los soldados aparecieron apostados junto a las butacas. En cada uno de esos casos no hacía más que entregar mi DNI y poner «cara de nada», lo mejor que podía. Una cara en la que nadie pudiera leer lo que pensaba, una cara en la que deseaba no ser yo el yo que buscaban, o el que hacían que buscaban. ¿Todavía me parecería a la foto? ¿El de la foto se parecía a mí? ¿Habría algún yo parecido al yo de la foto?

El pánico de esos momentos sólo fue comparable al orgullo de ver estampado el sello por mi primer voto en octubre del 83. La misma sensación experimenté al año siguiente con el sello que confirmaba mi participación en la consulta popular por el litigio limítrofe con Chile, y meses después con el registro de mi voto ante las elecciones de legisladores. Contemplaba las páginas finales de mi DNI y estaba convencido que en cada uno de los sellos estaba yo, no un yo detenido sino en movimiento, libre, cambiante en cada voto. Podía recorrer los últimos años

de mi vida en cada voto, aquello que había creído y ya no creía, lo que nunca había creído, y lo que nunca quería dejar de creer. Por eso vacilé poco en el 87, en el momento de iniciar la renovación de mi DNI (me resisto a llamarlo un «duplicado»), y arranqué la página con mis votos para guardármela. Apenas si volví a mirar aquella foto de los dieciséis que había pasado lluvias, pascuas y primaveras, sólo tuve atención para esa página incompleta que habría de continuarse en el nuevo DNI.

Como suele suceder en estos casos, terminé por guardarla tan bien que no la volví a encontrar. No me preocupa, pienso que lo peor sería tener la necesidad de buscarla. ■



03.

«Amigos»

Graciela Montes

Dos imágenes (aunque me pidieron una): la primera de 1974, unos veinte meses antes del golpe; la otra de fines del '84 o comienzos del '85, en democracia. Juntándolas (y creo que tiene sentido juntarlas) habría que llamar a la composición «Amigos». La primera es Daniel Luaces. Tiene, en la foto, 23 años. Está sentado en su escritorio del Centro Editor de América Latina y revisa diapositivas para ilustrar alguna colección, *Movimiento Obrero*, o, más probablemente, *Transformaciones*. Si la foto la hubiesen tomado tres o cuatro meses después ya se lo vería con barba, y muy parecido al Che Guevara.

A la salida de un día de trabajo como el que aparece retratado aquí, Daniel, que cursa Psicología en Filosofía y Letras, va a la Sociedad de Arquitectos a votar un plebiscito estudiantil en contra de la «Misión Ottalagano». Ottalagano es interventor en la Universidad, Ivánissevich es el Ministro de Educación. Son los tiempos de López Rega y la Triple A. Esa noche Daniel no vuelve a la casa, tampoco llega al día siguiente a la editorial. A media mañana un periodista amigo de *Crónica* llama para decir que en un baldío de Soldati aparecieron varios cuerpos, jóvenes, fusilados. Pasamos esa tarde del 13 de diciembre de

1974 sentados en el cordón de la vereda frente a la morgue -recuerdo muy bien esa triste reunión de amigos-, hasta que Boris Spivacow y el Negro Díaz salen a decir que sí, que es Daniel, nuestro Danielito Luaces. Lo enterramos al día siguiente en el cementerio de Avellaneda. Hicimos cientos de llamados, queríamos que todos supieran. Pero muchos tuvieron miedo de ir: el terror ya estaba instalado.

La segunda foto, la de tres chicos en un camino de tierra, es una foto feliz. Está tomada junto al campito que compraron y cuidaron amorosamente durante años Julio y Carmen, los abuelos de Antonio, el más alto de los tres. Los otros dos son mis hijos. Juntan hormigas y bichos bolita, se hacen chozas entre las cañas, se disfrazan, se pelean y vuelven a amigarse... En invierno juegan con el fuego. En verano gritan «¡Marco!» y se zambullen en el tanque australiano justo en el momento en que los demás responden «¡Polo!»». Antonio es hijo de José y de Electra, ambos secuestrados en mayo del '77, desaparecidos. Detrás de esta foto está, por lo tanto, el dolor. Pero lo que se ve aquí es la trama reconstruida, por eso se la puede llamar una foto feliz. Se ha vuelto a empezar, se ha reconquistado, laboriosamente, una alegría.

Dos imágenes, entonces. Entre el dolor (que no mitiga) y la sonrisa nueva. Entre amigos. ■



04.

«¿Será posible?»

Liniers

De repente empezó a nevar en Buenos Aires. De repente aparecieron monstruos y máquinas extraterrestres en Buenos Aires. La gente se empezó a morir en Buenos Aires.

Cuando agarré «El Eternauta» a los 11 o 12 años, quedé atrapado. Terminaba el libro y volvía a la página uno para volver a atravesarlo. De «¿Será posible?» a «Era de madrugada, apenas las tres», y ahí voy de nuevo. Juan Salvo, Franco, Favalli, Elena, Martita, los Manos, los Gurbos, los Ellos.

Cuando tenía 11 o 12 años era viajar. Viajar con El Eternauta era diferente. Era en Buenos Aires, era cerca de casa. Pasaba acá. Dibujos Solano López, guión Héctor G. Oesterheld.

Un día, dieron un documental en televisión sobre El Eternauta. Al fin iba a conocer a los responsables de uno de mis libros favoritos... Horrible sorpresa. Oesterheld desapareció. Lo desaparecieron. Se lo llevaron los extraterrestres. A él, a sus cuatro hijas, a decenas de miles de argentinos más. Era en Buenos Aires. Eran extraterrestres de acá. La manera en que el fin de Oesterheld se alineó con su propia obra es



trágicamente asombrosa. Se trazan paralelos, y todos encajan. Vida, arte, vida, arte. La imagen que representa para mí ese período oscuro de la dictadura fue pensada y dibujada casi veinte años antes del 24 de marzo de 1976. Y la vi por primera vez varios años después, sentado cómodamente en un sillón, bajo el paraguas metafórico de una democracia recién estrenada. Pero la imagen es esa. Estoy seguro de que, si uno observa con cuidado las fotos y filmaciones de Videla, Massera y Agosti, parados con sus uniformes planchados, erguidos detrás de algún escritorio repleto de micrófonos, algunos puntos blancos se ven. Alguno pensará que son problemas del material de archivo de aquella época. Yo creo que son copos de nieve. Y que si te tocan te matan. ■



05.

«Compañeras»
Laura y Alejandro Vilte

Tum... tum... tum...

*Yo soy cantora del pueblo
yo nunca me'i de callar
Aunque me lleven de a rastras
mi memoria quedará.*

No había pensado tanto en ella como este día.

Afuera llueve y las coplas de mujeres y hombres se mezclan con las gotas que parecen adormilarse entre las cajas. Sobre la pared de adobe, el santo eterno y polvoriento colgado y un rayito de luz que se mete por entre los cardones viejos del techo. Me gustaría poder salir, cantar, macharme de chicha y de sueños, de miradas, de tonadas, del olor a barro del río crecido, de la albahaca verde y orgullosa, de sombreros cantores... Uno canta lo que siente, lo que vive, lo que sufre, lo que lucha... decía Marina.

¡Cómo habremos cantado y farreado... ji ji! ¡Juera lindo! Noches enteras, carnavales donde todo se comparte. Señaladas y marcadas de chivitos y de vacas. La alegría de vivir... Cantar en su escuela, en

su aula, desde el corazón de sus alumnos. En el gremio con sus compañeros, en cada conquista social.

Hace mucho que no siento sus manos sobre mí. Acariciándome, renaciendo en los sonidos de mi cuerpo, ajustando mi chirlera, mis cueros. Hablándome como si hablara a su gente.

Cuando los copleros se juntan y cantan, las cajas aprovechamos para contarnos secretos que solo nosotras comprendemos, y entonces me enteraba que quizás andaría Marina por San Salvador de Jujuy. Eran épocas oscuras, donde la gente tenía miedo, había mucha desconfianza y muchas injusticias, se decía que a las personas se las llevaban y después no aparecían más. Mucho dolor llevaba y traía el viento sobre mi tierra. Pensaba que en ese lugar podría estar. Si nunca se callaba cuando cantaba, menos se iba a callar viendo a su pueblo sufrir.

Me hubiera gustado tanto estar con ella en esos momentos, entrar a la cárcel para acompañarla en sus coplas y dar fuerza a los compañeros, a los maestros presos. Vibrar con sonidos de esperanza

entre esos muros arrancasueños, contrapuntear su voz de trueno y su sonrisa inmutable.

Me hubiera gustado tanto estar con ella cuando se la llevaron, aferrarme con mi guastana a su corazón.

Por ahí dicen que las cajas resguardamos la memoria de los copleros que nos tocan, los amores, los desencuentros, las tristezas, sobre todo la lucha y la vida cotidiana. Con mi sonido su nombre hace eco en los cerros y vive siempre.

Mi maestra, mi compañera querida, mi Marina Vilte... A veces me gusta pensar que estoy en tus recuerdos... como vos seguís en los míos.

Purmamarca, 31 de diciembre de 2005. ■



06.

«Cuando busco una imagen»

Joaquín Furriel

Cuando busco una imagen, esa imagen que pueda resumir un sentimiento, ese tiempo, esa sensación, se me vienen solo palabras. Las hay agrias, lloradas, desconocidas y más, tantas palabras... y me quedo con ellas.

¿Qué significan hoy las palabras, en su presente?, ¿cómo las usamos?, ¿para qué y diciendo qué? Porque las palabras nos representan y su valor depende directamente de una primera cuestión que es la verdad. Cuando uno habla con la verdad siente la profundidad de esas palabras como lo opuesto las trivializa. De esas verdades y opuestos está compuesta la historia; el presente de ese pasado que nos late tanto a veces que casi sentimos morir.

Cuanto más busco más me pierdo. Es como un laberinto donde por momentos se hace pie y por otros no. Es un no oscuro, lleno de interrogantes. No cedo, quiero encontrarla, en esa imagen está mi identidad, pero siento la fuerza de la mentira, el perdón no debido, el ocultamiento. Ni siquiera el grito alivia y nuevamente las palabras más y más hasta que un interrogante detiene el tiempo. ¿Por qué tanto miedo?

Me aparece una imagen.

Es el pueblo en la Plaza festejando un Mundial, apoyando una Guerra. Esa es la imagen, pero son tantos los rostros que no me detengo en ninguno, sólo en esa Plaza llena.

No hay palabras. Es silencio.

No hay imagen. Es silencio.

Aunque sin darme cuenta, hace un tiempo, ya empezó a gritar. ■



07.

«La faz más oscura»

Maristella Svampa

La corta guerra de Malvinas constituyó sin duda la vuelta de tuerca y, al mismo tiempo, el canto de cisne del proceso militar iniciado en 1976. Empujados por un déficit creciente de consenso social, sin poder ocultar ni el fracaso económico ni la visibilidad que iban adquiriendo los reclamos sindicales y las denuncias por las violaciones de los derechos humanos, los militares argentinos buscaron recuperar algo de la adhesión social perdida a través de un acto de patriotismo suicida, que anclaba en lo más profundo del sentimiento colectivo.

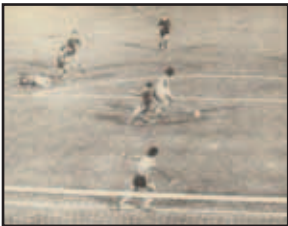
El 30 de marzo de 1982 se había registrado una multitudinaria marcha de la CGT hacia Plaza de Mayo que culminó en una violenta represión, con numerosos heridos y cerca de dos mil detenidos. Sin embargo, tres días más tarde, la Plaza de Mayo fue colmada por una multitud que celebraba eufórica la recuperación de las islas Malvinas. Entonces sucedió lo inimaginable, lo inesperado: aquella imagen de Galtieri, que a la manera de J. D. Perón aparece saludando a la multitud con los brazos abiertos desde los históricos balcones de la Casa Rosada y arranca su discurso con aquella conocida frase: «el pueblo quiere saber de qué se trata».

Esta foto de Galtieri saludando a las masas en una plaza colmada nos lleva a preguntarnos cuán ambivalente puede ser un sentimiento colectivo, sobre todo si éste es, como sucede en este caso, tenazmente inculcado desde temprana edad en todas las escuelas del país, desde La Quiaca hasta Tierra del Fuego. ¿O acaso alguien podía poner en duda que las Malvinas eran argentinas? ¿Cuántos argentinos y argentinas estuvieron presentes entonces aquel día en que la dictadura militar tuvo su único baño de pueblo, antes de que la guerra se convirtiera en un literal baño de sangre que teminaría con la vida de tantos jóvenes argentinos de entre 18 y 20 años? ¿Cuántos de ellos habían estado tres días antes en aquella marcha de la CGT, reprimida tan duramente? ¿Cuántos argentinos privados de sus derechos civiles y políticos se regodearon en ese inesperado sentimiento de unión nacional, minimizando el alcance político y militar que podía llegar a tener este brusco pasaje de la doctrina del enemigo interno al enemigo externo? En fin, ¿cuántos de ellos en ese momento se preocuparon por distinguir y separar lo que la toma de Malvinas significaba en términos simbólicos, con la inequívoca significación política que esto tenía para una dictadura militar en franca decadencia?

Lo cierto es que las palabras «pueblo», «nación» e «imperialismo» volvieron a estar a la orden del día. Desde el escritor Ernesto Sábato, el cirujano René Favaloro, pasando por referentes del PJ y el titular del comité de la UCR, hasta el dirigente montonero Mario Firmenich desde su confortable exilio, las declaraciones eran más que entusiastas, al subrayar el hecho como una «reivindicación histórica» y un «acto de soberanía política», que involucraba la nación entera y no solamente a las fuerzas armadas...

No hay duda que la guerra de Malvinas mostró una nueva faz nefasta de la dictadura militar, que no escatimó recursos propagandísticos a la hora de activar el discurso de la cohesión nacional, frente al «enemigo externo»; ni tampoco vaciló en reproducir sobre los cuerpos semicongelados de los jóvenes soldados argentinos algunos de los métodos represivos desarrollados en los campos de concentración, destinados a eliminar al «enemigo interno». Después de la derrota de Malvinas, vendría lo previsible: la queja, el lenguaje de la mortificación, la denuncia de que la sociedad había sido objeto de manipulación y engaño...

Todo ello forma parte de la verdad. Sin embargo, valdría la pena no olvidar que Malvinas —a través de esta foto, en esta histórica plaza— interpela también al conjunto de la sociedad argentina, en la medida en que puso al desnudo la faz más oscura de un sentimiento colectivo. ■



08.

«Rosario, Kempes y Galtieri» Carlos del Frade

Rosario, abrazada por el río Paraná, era la capital nacional del fútbol hacia 1974.

Una de las consecuencias de haberse convertido en el corazón del segundo cordón industrial más importante de América del Sur, luego de San Pablo. La ciudad y la región amanecían con centenares de bicicletas que llevaban y traían obreros del mítico tercer turno, del que se hacía de noche en talleres pequeños y medianos, y se rotaban los planteles de las grandes fábricas.

Eran los días en que la Selección de fútbol Rosarina bailaba a la Nacional y en las tribunas se juntaban las banderas rojinegras de Ñuls y las auriazules de Central. Por aquellos días llegó desde Córdoba al club de Arroyito (Central) un zurdo imponente, Mario Alberto Kempes, que no tardó en consagrarse goleador de los torneos argentinos hasta que fue vendido a España. «El famoso cordobés», como lo nombraba la hinchada canalla, también rompió redes en la península y cuatro años después era una de las principales estrellas de la Selección Argentina para el Mundial de 1978.

Rosario ya no era la misma.

Dos años de terrorismo de Estado había condenado la ciudad obrera, el lugar iluminado por las plumas flamígeras de las fábricas durante la noche y la geografía rebelde de obreros y estudiantes fue ocupada por las legiones de Leopoldo Galtieri, titular del Comando del Segundo Cuerpo de Ejército, cuya jurisdicción se extendía sobre las seis provincias del litoral argentino: Misiones, Formosa, Corrientes, Chaco, Entre Ríos y Santa Fe.

Ya los equipos de fútbol no eran campeones.

Las mayorías empezaban a ser goleadas, en la cancha chica del fútbol, en la cancha grande de la historia.

Después de la primera ronda en Buenos Aires durante aquel Mundial, la Selección vino a jugar a Arroyito. Kempes retornaba a la cancha que lo había proyectado al privilegio del fútbol. Hasta entonces no había podido hacer un gol.

Fue contra Polonia cuando Mario metió un frentazo irrefrenable y de esa manera volvió al grito. Y no podía ser en otro lugar que no fuera la cancha de Central.

En los palcos del estadio, remodelado y elegido como subsede por una serie de complicidades entre dirigentes del sector más conservador del peronismo vernáculo primero con la democracia agonizante de 1975 y luego ratificada por los militares a cambio de

ciertos lugares convertidos en centros clandestinos de detención en la zona, Videla, Massera, Agosti y hasta Kissinger gritaron aquel gol del cordobés como manos levantadas al cielo como si fueran garras. Pero el que más festejó fue el señor de la vida y la muerte de la zona del Gran Rosario, el entonces general Galtieri.

Kempes iniciaría su fantástica serie de goles que lo llevó a convertirse en el goleador del Mundial, y Galtieri, mimado por los grandes empresarios de la zona, se anotaría un triunfo político en la interna del partido militar.

Cuando el fenomenal jugador ya estaba en Europa, el represor de Rosario era jefe del primer cuerpo de ejército y había decidido tomar las islas Malvinas para perpetuarse en el poder.

En aquellos años que fueron desde el golpe de Estado hasta principios de 1979, la ciudad sufrió más de 250 desapariciones de personas, la mayoría jóvenes y trabajadores; la eliminación del tercer turno; la liquidación del puerto estatal y el cierre de varias fábricas.

Rosario, de capital nacional del fútbol, ahora era el lugar en donde las mayorías populares, de tanto en tanto, tenían una alegría efímera y momentánea.

De corazón palpitante del cordón industrial del Paraná, pasó a ser ciudad de servicios del ex cinturón productivo a la vera del río marrón.

Las mayorías se quedaron quietas en las tribunas, añorando los goles de Kempes que jamás regresarían y esperando el momento para cambiar, de una buena vez, las reglas de juego que solamente le hacían ganar el partido grande, la historia a unos pocos.

Rosario, después de Galtieri, se había convertido en la ciudad goleada.

Y quizás todo empezó en aquel preciso, bello y notable cabezazo del cordobés en la cancha de Central, a un costado del Paraná, mudo testigo de la lógica de la dictadura de matar para robar.

Al pueblo de la ex ciudad obrera, en tanto, le quedó el aferrarse al otro sentido existencial: luchar para vivir. Prepararse para ganar el partido en la cancha grande de la dinámica social para que alguna vez los que festejen sean los que son más. ■



09.

«Sigo creyendo en el arte»

Carlos Alonso

Sigo creyendo en el arte y, sobre todo, en su memoria insobornable, no sentimental pero que es capaz de fijar las heridas que la realidad deja en nosotros; no creo que el arte pueda resolver ninguno de los problemas del mundo, máxime cuando la ambigüedad invade el arte figurativo y la banalidad es consagrada de utilidad pública; los Estados del mundo intentan esterilizarnos con la miseria y el terror, pero es con ese amor aterrorizado con el que podemos construir nuestros cuadros. ■



10.

«La sensación del momento»

Cristian Alarcón

Los días viernes por la tarde mi madre nos bañaba, con esa obsesión por la limpieza que la ha caracterizado, por segunda vez en el día. Nos peinaba con Belcream, un fijador blanco y grasoso, y nos ponía la ropa más nueva que teníamos. Todos en la casa dejaban de trabajar y a eso de las siete comenzaba la picada. Habíamos migrado desde nuestro pueblo natal, La Unión, escapando de la dictadura chilena, de dos clanes enfrentados y de los vicios juveniles de mi padre. Llegamos en junio de 1975 a Bariloche. Había una huelga en toda la Argentina contra el gobierno de Isabel Perón. A los pocos días fue «el Rodrigazo», el plan económico de un ministro llamado Celestino Rodrigo que en una tarde subió los precios el 200 por ciento. De Guatemala a Guatepeor. Al año siguiente no pude hacer el jardín de infantes. Los chilenos no podíamos. Ya la Argentina había comenzado con su dictadura y por problemas de límites en tres islas del sur no nos daban la «radicación». Como a mi madre le pareció que no podía perder el tiempo, y como para salvar el honor de los Casanova, me enseñó a leer, escribir y algunas matemáticas a los

cinco años. Cuando llegué a la escuela mis compañeros me detestaron: por traga, y por chileno.

Entonces éramos mi madre, de 23 años; Marcelito, mi hermano de 1; mi viejo, de 22; y mi tío Geo, de 18. En la foto ya pasaron tres años desde que nos instalamos, no en Bariloche, sino en Cipolletti, 450 kilómetros al noreste. A los dos años nos mudamos a una casa a la que le decíamos La Celeste: Dante Alighieri 560, del Barrio Don Bosco. La ventana esa daba al dormitorio de mis padres. El paredón del fondo a la casa de los González. Enfrente vivía nuestro amigo el Tono, con sus siete hermanitos huérfanos. Al lado había una bruja horrible y su hija, y su hijo, que me parecía lindo y se vestía como mi tío, en la foto con esos pantalones blancos de pata de elefante y la camisa verde abierta, más los lentes que usaba John Travolta. Esa foto es del 18 de julio de 1978. Fueron unos meses felices, recuerdo. La Argentina había ganado el mundial, aunque se decía que le habían comprado el partido 6 a cero a los peruanos. No sabíamos que había algo que se llamaba desaparecido. Nadie parecía saberlo en la ciudad.

En la foto parecemos relajados. Sobre todo yo, de pulóver de plush celeste, ajustados patas de elefante, y manito en la cintura. El de la otra punta a mi tío Hugo es mi tío Carrasquito, que después se fue para siempre a Buenos Aires. Debajo de él, Marcelo, que tenía el corte de Carlitos Balá. Y entre él y yo, Carlitos González. Fue poco después que empezaron los problemas entre el Chile de Pinochet y la Argentina de Videla. Se disputaban la propiedad de una porción

del Atlántico sur en la que hay tres páramos, las islas Pincton, Lennox y Nueva. Las conocí muchos años después viajando como periodista en un velero por el Canal de Beagle: son tres costas de tierra gris sobre las que vuelan los pájaros como sobre cadáveres. Por esas tres islas, de las que nos hablaban todos los días en la escuela, mandaron soldados al sur y a la frontera. Los trenes pasaban cargados de armas y soldados, decían, por Cipolletti rumbo a Zapala. Mis padres y los demás chilenos de mi cuadra empezaron a temer que abrieran campos de concentración. No estaban tan equivocados, aunque no sabían que la dictadura los había abierto en todo el país, incluso en el valle en el que vivíamos.

Nosotros conocíamos bien a la policía. Cada tres meses nos levantaban a las cuatro de la mañana para hacer la cola de «migraciones». El frío del invierno en el valle es de bajo cero. Parecíamos esquimales arropados frente a la comisaría. A veces la fila daba la vuelta del destacamento. Después venían un montón de papeles que mis padres llenaban, y las huellas digitales. Cuando volvíamos a casa, recuerdo, mi madre insultaba en profundo chileno al policía que nos atendía, al que había que dejarle dinero, la coima. El comisario nos tenía de hijos: mandaba a su oficialito, hijo de chilenos como nosotros, bien temprano, cada semana, a buscar plata. Yo no entendía por qué mi padre le tenía que pagar siempre. Pero con el tiempo me di cuenta de que no era de jugar con los cabrones.

En noviembre la guerra, decían, era segura. Desde Chile nos escribían los parientes ofreciendo sus casas para que volviéramos. Los tíos del campo nos preparaban la casa de visitas para que nos escondiéramos. Pero mis padres preferían conservar lo poco reconstruido de este lado. Como pagaban tenían la radicación renovable. Los que la tenían mal eran los tíos Geo, Hugo y Carrasquito. Una mañana la policía y el ejército rodearon la cuadra. Hugo estaba en la casa. Trabajaba en una papelería pero sus papeles, los migratorios, eran falsos. Con las persianas bajas nos encerramos en la parte de atrás de la casa. No se muevan, no hablen, no chillen, decía mi madre. A Hugo lo metió en el ropero, detrás de sus tapados gordos, en un rincón. Dijo: acá no hay nadie, nadie va a salir. Y se fue para espiar por una rendija. Se estaban llevando a los de enfrente. El padre del Tono, que tenía documentos, salió para el trabajo. Cerró con llave la casa y los dejó a ellos, al Tono y a sus hermanos, adentro, también, en silencio. Llenaron un camión de hombres. Los tiraban después de una pateadura en la frontera.

El miedo fue pasando de a poco. La guerra no estalló, hubo una mediación del Vaticano y el mar quedó para la Argentina y los peñascos esos, para Chile. A fin de año, para levantar el ánimo, mis padres compraron un combinado para pasar discos. Y la noche de año nuevo bailamos Abba. Era la sensación del momento. ■



Este es el único argentino que no sabe lo que pasa en el Beagle. "No sé ni me interesa", contestó. Una respuesta para reflexionar.

11.

«Buscado»

Christian Ferrer

¿Por qué evoco esta imagen, y no otra? ¿Por qué no el gauchito del Mundial o el pañuelo de las Madres o el logo de la Cadena Nacional de Radio y Televisión? Sin alguna otra adición, nada en la foto hace inferir que fue tomada en el año 1978. Quizás en algo la delate la ausencia de color, que se correspondía menos con las carencias tecnológicas de la época que con la paleta de grises, constante y estática, pues tal es la zona cromática que se corresponde con la memoria de la dictadura. En verdad no es una fotografía, sino la imagen congelada de un reporte que era emitido «al aire», desde «exteriores», por un programa de televisión. Se trata de una consulta en vivo a lo que por entonces solía ser llamado «la mayoría silenciosa» y por causa de un tema candente, el conflictivo caso del Canal de Beagle que por poco no incendió la cordillera. Acaso esta foto me concierna porque en aquella época yo usaba pasaporte chileno, o porque el muchacho que en ella aparece centrado podría haber sido yo mismo. La escena es hoy habitual, personas contestando encuestas por la calle y periodistas novatos tomándole el pulso a la opinión pública, pero no lo era por entonces, y menos aún que una persona se negara no ya a afrontar una inmediata impopularidad por lo dicho sino a

rechazar un diálogo en las condiciones propuestas por el inquisidor, en este caso un periodista «notero» que recién se iniciaba en el oficio. Más adelante, ascendería de rango.

«Quién fue tu maestro». «Quiénes son tus padres». «Quiénes son tus amigos». Son preguntas policiales que no pudieron serle formuladas al muchacho de la foto. Ya era tarde, había zigzagueado hasta confundirse con la multitud anónima, y quizás por eso el comentario publicado por la revista *Gente* pocos días después termina con una conminación: «lo esperamos». Durante la semana siguiente, la anecdótica escena callejera había sido la comidilla de los eternos programas de opinión de la televisión argentina, que desde hacía tiempo machacaban sobre el «problema» de la juventud. La impotencia era un sentimiento generalizado, y nadie soltaba prenda sin adosarle primero pies de plomo, a menos que la propia opinión coincidiera con la versión corriente de las cosas en ese «nuevo país». Pero al joven de la foto no le interesa la cuestión que justamente estaba siendo movilizadada en dirección a un posible fratricidio. No le interesa a pesar de que «Sábato opina» y de que Favalaro «dice cosas» y de que la nota asevere asombrosa-

mente que en Argentina «se vota» y «se elige gobierno», que no dejaba de ser una promesa continuamente repetida por los militares. Sorprendentemente, en Argentina había al menos una persona que no sabía ni le interesaba, respuesta dicha menos apáticamente que con desdén apenas contenido. El muchacho había despreciado a la «opinión pública» en un país preñado de miedo, y quizás por eso en la fotografía se condensa el estupor de una nación. Era un enemigo del pueblo que daba la cara. Todo, la situación original como la página de la revista de actualidad que la reprodujo, resulta ser amenazador. Era temporada de caza y la nota impresa pertenece a un género de uso esporádico hoy pero rutinario en aquellos tiempos, el cartel que especifica las señas particulares de un perseguido al tiempo que ofrece recompensa por información. ■



12.

«Rafael Castillo»

Gustavo López

A principios de 1977 mis padres me enviaron una temporada a casa de mi tío Pepe en Buenos Aires. Por aquel entonces Bahía Blanca no parecería una ciudad segura para que un adolescente circule sin temor a desaparecer. Más tarde sabríamos que en esos años esa seguridad no se podía encontrar en ninguna parte del país.

Mi tío manejaba una estación de servicio en un pueblo del Gran Buenos Aires, que se llama Rafael Castillo. Por aquellos años tenía una fisonomía que asustaba con solo ver desde el colectivo. Pero allí creyeron mis padres que iba a estar más seguro y a resguardo. Paradójicamente hace unos días vi en Crónica Televisión un incidente en Rafael Castillo donde una mujer fue muerta en una carnicería mientras esperaba ser atendida. Las imágenes mostraban ahora una ciudad con calles asfaltadas, comercios de arquitectura moderna, servicios, gente de traje que circulaba en segundo plano, en fin, un lugar bastante diferente del que vi aquella mañana de 1977 al bajarme del colectivo en la puerta de la estación de servicio YPF en las calles Carlos Casares y Mendes de Andés. El periodista de *Crónica* cerraba la nota diciendo que esa zona fuera tal vez uno de los puntos más inseguros del Gran Buenos Aires.

Sin embargo aquel verano Rafael Castillo fue para mí un oasis. En un bar y pool cercano a la casa de mi tío me hice de amigos bailadores de rock and roll y sabía departir con muchachos alegres y verborrágicos sobre sus andanzas y anécdotas cercanas al delito. Alguno de ellos podría ser hoy quien entró disparando en la carnicería para arrebatar la recaudación del día. Esos muchachos díscolos y desdentados me parecían —a mí también— menos peligrosos que los que me sacaron encapuchado de mi casa unos meses antes, lo que motivó, tras mi liberación, que mis padres me enviaran lejos por un tiempo.

Pero lo que me fascinaba de la juventud de la zona oeste —Morón , Haedo, Ramos Mejía, mi querido Rafael Castillo— era la total libertad para llevar el pelo largo, en algunos casos hasta la cintura. Era cosa muy extraña de ver en mi ciudad ya que si bien no había nada escrito al respecto se sabía que no era conveniente adquirir esa moda y mucho menos combinarla con una barba tupida. Me compré entonces unos jeans gastados y una remera amarilla con la imagen de Deep Purple, un grupo musical que poco había escuchado todavía pero cuyos integrantes usaban «las lanas» más allá de los hombros, y con este atuendo me iba a pasear por avenida Gaona los

sábados y domingos comparando el largo que iba adquiriendo mi pelo con el de los muchachos que se reunían en la puerta de Camelot o de Crash. Esa era, según pienso hoy, una acción de resistencia, modesta y pequeña. Un resquicio de libertad en una época complicada. Lo aproveché y siento que me ayudó a crecer, al ritmo que lo hacía mi pelo.

Elegí la imagen que acompaña este texto, una obra del artista rosarino Román Vitale cuyos trabajos admiro y considero de una calidad única, porque el muchacho que se ve salvado del peligro y en vuelo de la mano de un superhéroe me recuerda a ese adolescente que fui en 1977 con la remera amarilla y los jeans gastados. Hoy también sé que el superhéroe es la memoria. ■



13.

«La ética contra la historia»

Florencia Abbate

Vemos un hombre en la calle, de ojos marrones, brazos flacos, tal vez sumido en pensamientos que posiblemente nos resultarían anodinos. No es su individualidad, ni el ser humano en él, lo que nos es sagrado. Es él. En su integridad. Los brazos, sus ojos, unos pensamientos, todo. No deberíamos querer dañar nada de eso sin infinitos escrúpulos.

Decir «no» es un gesto esencial. Pero para que funcione debe ser profundo, ir más allá de este punto o aquel otro. No puede ser simplemente un rechazo de sentido común. Eichmann tenía un gran sentido común. Y no sabía decir «no».

Un lugar del corazón de cada uno les pide a los demás que no le hagan el mal.

El grito de dolor que nos provoca el mal no es algo personal. Surge por la sensación de un contacto con la injusticia a través del dolor. Es una reacción que supera los debates ideológicos. Las palabras siempre son insuficientes para describirla.

Hay quienes gozan al oír a esa parte del corazón que grita de dolor ante el mal, otros la desconocen. Acaso esos estados del espíritu se complementen.

Los que la atacan pueden darse distintas justificaciones. Cada uno «elige» con la cara aplastada contra el momento de la historia que le toca, contra su propio minuto. Pero no hay argumento peor que el que se apoya en la fuerza de un Estado.

Existe el deseo de matar. Y eso hermana a todos en la historia del fracaso de los sistemas sociales. Entre el cuerpo y los sistemas está esa musicalidad que desafina, como un abismo ebrio. Y los muertos, que ya no tienen otro amor que el que nos quiere a todos iguales y libres de daño, simplemente miran con dolor.

Hay un reclamo ético en esas miradas. ■

(Elaborado a partir de textos de Simone Weil y de Pier Paolo Pasolini)

14.

«Una película pasada en sinfín»

Albertina Carri

Pensar en una imagen que represente la masacre cometida por la última dictadura argentina me resulta difícil, sino imposible. Pensé retratar esta nota con una de las fotos del primer libro de Fernando Gutierrez. Me acuerdo que cuando me encontré con esas imágenes entré en un mundo ominoso y como tal, familiar. Tiempo después me di cuenta que el título del libro era, sin metáforas adyacentes, *Treintamil*. También recordé el comercial del «buen soldado» que pasaban en la tele durante la guerra de Malvinas. Otra imagen digna de evocar es la recorrida de Juan Pablo II en su papamóvil yendo por la Av. Libertador y miles de personas saludando a quien minutos después haría comulgar a los asesinos Videla, Galtieri y compañía. Entonces pensé que la obra de León Ferrari de los reyes magos cocinándose en una sartén podría ilustrar estas líneas. También recordé, en mi intento desesperado por encontrar la imagen que resuma, que sintetice tanto horror, la película de Carlos Echeverría «Juan como si nada hubiese sucedido». Pero no puedo elegir una imagen estática, fija, que represente mi recuerdo de esos años. Podría pensar en el campo, donde viví luego del secuestro de mis padres: un bosque visto desde lejos, los árboles como fantasmas elevan sus brazos al cielo, o las

bandadas de pájaros migrando de una cosecha a la otra. Esas son las fotos de mi infancia que me hacían sentir el desamparo de no tener cerca a mis padres. Sin embargo no son representativas y sobre todo no son fijas, son movimientos, como el recuerdo, como los 30 años que pasaron y que siguen esperando. Entonces pienso en sacarle una foto al atardecer melancólico que veo desde donde escribo estas líneas o, por qué no, al techo de madera de la casa en la que intento ganarle al calor en este verano de 2006. Pero también desecho esas posibilidades porque me doy cuenta que los desaparecidos, la dictadura, el horror, no son pasado sino que están en presente y como tal se mueven, se bifurcan en el entramado del cotidiano. El cigarrillo que fumo, la letra que aprieto para escribir estas palabras, el perro que me mira con ojos de perro, todo a mi alrededor habla, grita esa época infame. Por eso estas líneas van sin imagen. Ella, esa imagen, está dentro de nuestros cuerpos, está en la tierra que habitamos y se mueve como los muñequitos de una animación o como la sangre de hija de desaparecidos que llevo en mis venas. No hay cuerpo inanimado, quedan relatos, recuerdos e imágenes en movimiento, como en una película pasada en sinfín. ■



15.

«La carta de Mariana»

Sebastián Hacher

Plantamos la mesa en medio de la calle. Un transeúnte se detiene. Nos observa como si fuésemos una vidriera, examina la escena con atención y se decide a hablarnos: «¡Es un machete!», exclama convencido. Habla mucho. Cuenta que en sus épocas de escuela él sabía fabricar machetes, esos «ayuda memoria» para copiarse en las evaluaciones de geografía. Que nunca lo habían descubierto. Y no sé qué más dice, porque no lo escucho del todo. Me distraigo porque Mariana sonríe con todo el cuerpo, como hace siempre que sonríe. Ella tiene casi 30 años, igual que yo, pero cuando se ríe es una niña descubriendo el mundo. Esta vez, su gesto también es una señal de intimidad, un velo que nos separa del interlocutor desconocido.

Cuando el hombre se va, nos quedamos callados. Mariana contempla la textura de su obra y la acaricia como a un hijo dormido. Lee algunas de las frases escritas en las tiras de papel que pegó sobre la mesa. Yo sé que no necesita leer: lo hace por costumbre. Lleva años repitiendo el ejercicio de recortar líneas de esa carta y pegarlas una atrás de la otra. Conoce de memoria cada una de las doce páginas que le legó su padre antes de intentar escapar de la

Argentina. Ella dice que es una forma de entablar un diálogo. Cada palabra que adhiere es responder un poco la carta. Los espacios en blanco representan las respuestas que tal vez nunca encuentre, los silencios que no se pueden pintar con ningún color.

Manolo usó una mesa similar, hace 29 años, para escribir la carta a Mariana. Fue el 23 de Marzo de 1977, en el bar Antigua Perla de Once. Eran las 2 de la mañana cuando la terminó. «Pasé a la clandestinidad», escribe. «Soy una persona buscada... Estuve todo el día deambulando por la ciudad». Es la palabra de un hombre acorralado que intenta salvar su vida. «He decidido partir. Debo llegar a destino con la única finalidad de reencontrarme». Pero también sabe que es un viaje peligroso. «Hoy se vive y se muere muy rápido.. No tengo la seguridad de terminar este escrito».

Manolo escribe que no quiere hacer un testamento, pero «no puedo evitar —confiesa— que esta carta tome el carácter de testimonio, del testimonio de mi verdad». Entonces hace el inventario de su vida para la hija que no sabe si va a volver a ver. Divide su historia en etapas signadas por acontecimientos persona-

les y políticos. Toda la carta, toda la vida de Manolo están marcadas por dos aspectos que algunas veces se complementan y otras se enfrentan. El amor y la revolución social. La familia y los compañeros de militancia. Formar una familia y morir por un ideal. Manolo se entiende a sí mismo como un militante dando su vida por un sueño, pero también como un padre que ahora tener a su hija, a Mariana, en brazos.

«Espero —escribe casi al final— que el depositario te la entregue cuando cumplas quince años». Hay dos copias escritas a mano. Ambas tienen su sello postal, y fueron entregadas a personas de confianza, que no olvidarán su promesa de guardarlas y entregarlas en el momento justo.

Si la dictadura quiso desarmar proyectos e imponer el país del «no te metás», esa carta de un padre a su hija recién nacida representa el último acto de un hombre que estuvo dispuesto a pagar el precio de sus ideas. Mariana retoma esas últimas palabras y las convierte en el hilo con el que se teje la memoria. La carta de Manolo es un mensaje para el presente, un machete a plena luz del sol.



16.

«Costa Rica»

Lucas Di Pascuale

En la foto, aunque no estoy, tengo 10 años. En realidad buscaba otra foto en la que estoy con mis hermanos y mi madre. Buscaba una foto en la que mi padre está ausente pero no la encuentro. En cambio me doy con ésta, que fue tomada en el mismo año que la otra, donde aparece mi padre sentado en un jeep.

Él estaba en Costa Rica y yo le había enviado una carta en la que le contaba con un dibujo la última atajada del Pato Fillol y también le preguntaba cuándo mandaría pasajes para que lo visitemos. Y esta foto que ahora encuentro fue la contestación a esa carta o quizás parte de ella.

Hace poco dibujé un jeep muy parecido para la tapa de una revista de psicoanálisis. El que lo maneja es Freud y lo acompañan Lacan, Pichon Rivière y Melanie Klein. Mi padre en cambio está solo en ese jeep que quizás sea alquilado para ir a alguna playa lejana o simplemente prestado para la foto.

Me preguntó por qué le hablaba a mi padre sobre pasajes para visitarlo, me pregunto por qué le escribí esa carta. Quizás por un pedido de mi madre. Me

pregunto por qué, si mi padre fue una figura ausente, sentado en ese jeep o en la mesa de la cocina de nuestra casa. Ausente por lo menos en el sentido de lo que un niño necesita como padre.

Pero nadie se llevó a mi padre, no vinieron por la noche a nuestra casa rompiendo todo y robando, no se lo llevaron encapuchado y tampoco fue torturado. Nadie preguntó por él dando vueltas a la plaza. Mi padre, Diego Jorge Di Pascuale, decidió no estar, fue responsable individual de su ausencia. Y en eso no tuvo nada que ver el gobierno de nuestro país. Los argentinos no somos responsables de que haya estado tan lejos, sentado en ese jeep o en la mesa de un bar.

En otras imágenes que se me vienen a la cabeza, mi padre está con anteojos oscuros y bigote grueso haciéndose pasar por militar en un control policial. Entonces lo tratan como a un superior y nos dejan seguir adelante sin revisar el automóvil. También recuerdo a mi padre hablando de las «viejas locas» de la Plaza de Mayo o queriendo venderle a los militares de Córdoba unos afiches con la cara de San Martín al comienzo de la guerra de Malvinas.

Lo recuerdo, en el último año de mi secundario, diciéndome que deje de meterme en política porque iba a terminar en una fosa común como toda esa manga de pelotudos subversivos.

También recuerdo mi asombro al verlo en una marcha en Semana Santa de 1987 en la que repudiábamos el levantamiento carapintada. ■



17.

«Cárcel de mi nostalgia»

Sergio Shmucler

La foto es de mi hermano. Se llamaba Pablo. Era rubio, flaco. Sus ojos eran muy parecidos a los de un tío por el lado materno aunque la mayoría de sus rasgos tenían una fuerte impronta de nuestro padre. Yo le decía Pablo y él me decía gordo. O lulo. O a veces gordolulo. Tuvimos una infancia no muy distinta a la del resto de nuestros amigos. Lo consideraba más inteligente y valiente que yo, así que siempre le hacía caso. A partir de 1972 y hasta 1976 fuimos activistas de Montoneros. En agosto de ese año decidí dejar de serlo. Él no. Me fui del país porque consideré que era la única manera de salvar mi vida. Desapareció cinco meses después. Tenía 19 años. Yo 17.

*No hay en la tierra lápida que lo acompañe
porque así trató a su muerte la patria fría.
Vaga en mis sueños sin reposo
susurra olvidadas ilusiones y agonías.*

*Como el que ofrece al amor un beso
y el ingenuo cuerpo triunfante
convencido de causas justas -dijo una carta-
entregó su vida a la nada.*

*Tengo la tarea de inventarle el universo
«Aquí estás vos, aquello es mi afecto»
Se ha vuelto cárcel mi nostalgia
donde sus ojos siguen abiertos.*

*Quiero que el olvido, viento amargo,
borre para siempre su voz, esa carne.
Pesa más la tristeza en el recuerdo
más pesa en él su amor perdido.*

*Una infinita tarde de enero
se diluyó mi hermano en el viento.
No hay en la tierra lápida que lo acompañe
porque así trató a su patria la muerte fría. ■*



18.

«Planificación»

Adrián Paenza

Piense lo siguiente: en algún lugar de nuestro país, a principios de la década del '70 se juntaron y asociaron un grupo de argentinos para planificar una masacre. Pero no una masacre cualquiera. No. Una masacre con la impunidad garantizada (o eso creyeron).

¿Dónde fue? ¿Quiénes estuvieron? ¿Quiénes lo elaboraron?

Se juntaron para planificar cómo secuestrarían personas. Las detendrían, las asfixiarían, las torturarían, las desaparecerían. Las obligarían a hablar, a decir, a perder su dignidad (o eso creyeron).

Trajeron a la más alta jerarquía eclesiástica para decir que lo hacían «en nombre de Dios, en su lucha contra el Diablo». Y sus miembros asintieron en silencio (algunos) o adhirieron con entusiasmo (muchos otros), pero terminaron involucrándose (con las excepciones conocidas) vergonzosamente.

Planificaron cómo robar, cómo quedarse con las posesiones de aquellos a quienes mutilarían inescrupulosamente.

Se filtraron en todas las organizaciones gremiales y planificaron cómo desactivarlas, desaparecer y matar a quienes defendieran los derechos de los trabajadores.

Se filtraron en las facultades y los colegios, y planificaron cómo habrían de delatar, para detener y desaparecer.

Se filtraron en la prensa digna, generando una trama de censura y autocensura sólo equiparable con las peores épocas del nazismo. Aunque claro, también contaron con un grupo poderoso y entusiasta, dueños de medios que colaboraron con pasión y sin escrúpulos en la «fiesta de la propaganda».

Planificaron cómo robarían bebés, cómo torturarían a madres embarazadas pero con el cuidado de que no murieran los chicos, para poder secuestrarlos luego y repartírselos como si fueran un verdadero «botín humano».

Planificaron en dónde ubicarían los centros clandestinos de tortura, mutilación y desaparición.

Planificaron los vuelos de la muerte, en donde empujaron a quienes drogados e indefensos, morirían sumergidos en las profundidades de nuestras propias aguas.

Planificaron cómo enterrar personas en forma clandestina y cómo simular fusilamientos para ocultar verdaderas masacres.

Planificaron cómo montar campañas de prensa que los mostraran «derechos y humanos».

Planificaron un mundial de fútbol en connivencia con el propio presidente de la FIFA y con fuertes sospechas de ofrecer estupefacientes a nuestros jugadores y sobornos a los rivales.

Planificaron la entrega sistemática de todos los derechos de los trabajadores y la entrega también, de nuestra economía, que vendieron al vil precio del «deme dos».

Planificaron como asesinar monjas indefensas e infiltraron a sus «astices» por todo el país

Y lo hicieron con la prepotencia de quien se siente impune. Peor aún: no es que «se sintieron impunes». Sabían que eran los dueños de todo y de todos.

Planificaron con la precaución de firmar virtuales «pactos de sangre», en donde todos tendrían las «manos manchadas» para evitar delaciones posteriores.

Planificaron como si alguien les hubiera otorgado el poder de poner «pulgares para arriba o para abajo».

¿Puede uno suponer que esto fue cierto? ¿Puede uno imaginar una confabulación semejante? ¿Habrá habido tantas personas involucradas sin denunciar semejante locura?

Bueno, sí, las hubo. Pero hoy, a treinta años del comienzo del más cruel holocausto que haya vivido el país, mi más profundo respeto a aquellos que entregaron su vida, a sus familiares y a todos aquellos que siguieron y siguen aún hoy, peleando por la verdad y la justicia. Y para que **Nunca Más.** ■



19.

«Denúncielos»

Héctor Tizón

Cuando pienso en aquellos años, muchos recuerdos e imágenes se agolpan en mi memoria, pero la imagen más adecuada es la de un cartel pegado en el andén de una pequeña estación ferroviaria perdida en la inmensidad de la Puna. El cartel decía con énfasis «¡Denúncielos!» y sobre el fondo, para mayor escarnio, tenía los colores de la bandera argentina. Nunca lo he olvidado en los años duros de nuestro exilio y aún lo tengo presente.

Algunos nos reprochan que aún se hable del pasado ignominioso, que se remueva la hoja del cuchillo clavado en la herida; sí, —los delicados, cuando no los cómplices— se escandalizan cuando hablamos de eso: de los secuestros, previa liberación de las zonas donde iba a ocurrir la rapiña y el crimen, de las fosas comunes, que debían mantenerse anónimas al menos hasta que las leyes de amnistía pusieran fuera de peligro a los verdugos, y sostienen que estos recuerdos no aportan nada. Esta sola actitud es suficiente para seguir insistiendo hasta que la terquedad del recuerdo cumpla con el fin de marcar a fuego a aquella banda de asesinos, y el olvido y la ligereza de los desmemoriados que pretenden que los verdugos hallen cobijo en el olvido.

*«En el andén de la estación sólo estamos tres personas esperando el tren. Es de mañana temprano pero el sol alumbra ya lo que está más alto. El jefe de la estación tiene puesta su gorra y se asoma de vez en cuando por la puerta de la oficina. Un perro, somnoliento, está echado junto a uno de los bancos pintados de verde. Entre los que esperamos hay una india obesa de edad mediana, con sombrero masculino de cuyas alas parecen colgar dos negras trenzas, que no abandona su cesto de mimbre cubierto con un liencillo. El otro es un hombre sin más atributos ostensibles que sus zapatos colorados y un hirsuto bigote negro en forma de triángulo isósceles, prolijamente recortado. Sobre el muro de la estación, entre dos puertas, hay un cartel que comienza con la palabra **denúncielos**. El cartel tiene los colores de la bandera nacional.» ■*

Fragmento de La casa y el viento, Buenos Aires, Legasa Literaria, 1984.



20.

«Los Videla van a misa»

Pilar Calveiro

Esta foto muestra una cara imprescindible: la «normalidad» del terrorismo de Estado. Es 1983 y el General Videla va a misa de doce a la parroquia de San Martín de Tours, como todos los domingos. Él, su mujer y sus hijos forman una familia sonriente, correcta, almas «bellas» y «buenas», como lo sugiere la foto, que seguramente coincide con la imagen que los Videla tienen de sí mismos. Y con la de los feligreses, y con la de sus vecinos y con la de los medios de prensa que gustaban presentarlo como un hombre sobrio y correcto, y con... quién sabe cuántas más. Entre misa y misa, entre actos oficiales y vida cotidiana «honorable», aparecían, escondidos y ostensibles al mismo tiempo, cadáveres torturados, mutilados, asesinados. ¿Cuándo daba las órdenes el general Videla?, ¿los viernes o los lunes?, ¿antes o después de comulgar?, ¿se confesaba?, ¿qué penitencia le ponía el sacerdote?, ¿o tal vez el general, el cura, o ambos, considerarían que matar subversivos no era pecado?

Para 1983, ya todo pasó y ya nadie puede argüir que desconoce los secuestros, los asesinatos, las torturas

pero, domingo tras domingo, el general recibe la bendición de la Iglesia Católica, como tantas otras «bendiciones» de distintos socios, camaradas, cómplices, beneficiarios, «buena gente».

Esta «normalidad» es la otra cara del terrorismo de Estado, de hecho, la cara más visible durante los años del Proceso. El terror construye también esta «normalidad» y esta «bonhomía», sin la cual no se puede entender que muchos dentro de nuestra sociedad no quisieran o no pudieran ver. Estas imágenes fueron las que predominaron en los años setenta, las que hacían increíble lo evidente, las que los represores y buena parte de la sociedad incorporaron como «realidad»; por su parte, nos recuerdan que terror y «normalidad» no se excluyen, que los tiranos suelen ser buenos padres de familia —incluso aman a sus perros— y que es imprescindible desconfiar de las almas que se proclaman públicamente como «buenas» y «bellas». ■



21.

Adriana Lestido

Madre e hija gritan por el hombre ausente.
Gritan por el compañero, por el padre
desaparecido.

«Marcha por la vida». Avellaneda, noviembre de 1982.
Fotografía hecha para el diario *La Voz*.



22.

«El grito»

Violeta Núñez

Así me represento en 1976: profiriendo un grito. Un «grito infinito», tal como el autor se refirió a su obra. Me veo, entonces, en medio de ese grito infinito de horror, de espanto. Cruzando un puente que se deshará ni bien lo haya atravesado.

Una dictadura siempre nos parte en dos. Nos deja un antes y un después que suelen estar dislocados: no hay encaje que valga. Los puentes han resultado rotos; las naves, quemadas. Uno ya será siempre habitante de otro lugar, exiliado sin retorno. Los dictadores prohíben, persiguen cualquier voz que no sea la suya. Y yo me dedicaba a pasar voces distintas: a difundir multitudes de palabras dichas para dar lugar a lecturas nuevas. El oficio en el que me iniciaba: profesora de Pedagogía en la Universidad de Buenos Aires.

Cruzar el puente supuso llevar esas voces hechas memorias, olvidos, silencios: superpuestas, entretejidas, atravesadas, prendidas en el grito.

Y pese a ello, o quizás más propiamente debido a ello, nunca dejé de narrar historias. Sigo dedicándome

a crear espacios para estrenar y pasar palabras: viejas con brillos nuevos; nuevas-viejas para descubrir/encontrar/inventar mundos por-venir, para dar lugar a lo aún no dicho o no escuchado. Palabras para acompañarnos y para poder separarnos; palabras livianas y con peso. Palabras dulces con que mitigar la soledad de la condición humana. Palabras fuertes para señalar las injusticias y hacerles frente. Palabras para restituir, en espacios nuevos, los puentes rotos, las naves quemadas... Mi oficio actual: profesora de Pedagogía Social en la Universidad de Barcelona, España. ■



23.

«Tuvieron rostro»

María Teresa Constantín

Trabajábamos, estudiábamos y sobre todo languidecíamos morosamente en el exilio. Lo único que realmente concentraba nuestra energía o despertaba nuestro entusiasmo era la inagotable tarea de denuncia. No importa qué, no importa cómo, irreflexivamente. Con algunos aciertos a veces pero sobre todo sin parar, sin permitirnos el descanso o la duda. El vínculo con Argentina y la denuncia de la dictadura era nuestra sobrevida. Era recordarnos, tercamente, que no nos habían quitado todo. En nuestro caso el CAIS*, aunque en aquel momento no lo viéramos así, aparecía como el organizador de nuestras vidas, nuestro núcleo de pertenencia.

Cuando solicitaron mi *ejercicio de memoria* para esta publicación, de las miles de imágenes posibles sólo pude pensar en la que ilustra este texto. En realidad, como todo ejercicio de memoria, es una imagen incompleta en el sentido amplio, pero también en particular pues esta fotografía formaba parte de un afiche. Me explico: en el año ¿'79? ¿'80?, como parte de las tareas que nos fijábamos, nos propusimos involucrar a diferentes organismos franceses en la lucha contra los crímenes de la dictadura. Se trataba

de comprometerlos en acciones que tuvieran que ver con sus reivindicaciones específicas. Así, una de las asociaciones con las cuales establecimos relaciones fue *Femmes en Mouvements*, la emblemática organización de mujeres que entre otras cosas tenía su propia editorial. De los encuentros mantenidos surgió la idea de realizar un afiche por las mujeres desaparecidas. El resultado fue el afiche en cuestión que, además de la fotografía, llevaba un texto que reclamaba por los detenidos-desaparecidos de Argentina. Con ese afiche, realizamos pancartas y el 8 de marzo, en la multitudinaria marcha del *Día de la Mujer*, un amplio grupo de mujeres manifestó con esa imagen.

Hoy el afiche debe estar guardado silenciosamente en algún archivo. Desde el presente la pregunta es ¿por qué escogimos esa imagen? y ¿por qué se abrió paso en el recuerdo? Subjetiva, la memoria, se escribe por fragmentos: la fotografía de Amalia Moavro —secuestrada a los 27 años, embarazada de 4 meses— fue tomada de las que nos enviaban Madres, Abuelas y Familiares desde Argentina. Formaba parte del doloroso friso de pequeñas imágenes con las que reclamaban desde las fauces de la

dictadura: la foto de los documentos de identidad, utilizada por los represores, era reapropiada para buscar a los desaparecidos dándoles una existencia que les era negada desde los campos. No números, no cosas, sino seres humanos.

En cuanto a nosotros, creo entender hoy que escoger esa fotografía fue construir un símbolo generacional. Una joven mujer, la mirada dirigida hacia algo que está más allá. Entrecejo apenas fruncido, semi sonrisa poseedora de certezas: la convicción de que se podía cambiar el mundo. Evoca, por otra parte, la imagen de *Evita guerrillera* —no la Evita entronizada desde el poder sino la *compañera* del cabello suelto— que fuera intensamente utilizada por la Juventud Peronista durante los años '70. Aun para los que no veníamos del peronismo esa imagen romántica no dejaba de conmovernos. Con esta fotografía reactualizábamos la imagen de mujer luchadora y señalábamos nuestra generación. Reclamábamos por aquellas y aquellos, hermanos, amigos, secuestrados. Tuvieron rostro. Hoy, ya mayores, inmune a razones y *balances*, la imagen de nuestra juventud, velada, sepiada y desdibujada, emerge y se reactiva nuevamente. ■



* El Centre Argentin d'Information et de Solidarité, junto al TYSAE y COSOFAM, era uno de los organismos de solidaridad con Argentina organizado por los exiliados argentinos en París.



24.

«Bici»

Fernando Traverso

Esta es la foto de una intervención urbana que realicé entre el 24 de marzo de 2001 y 24 de marzo de 2004. En este período, para hablar de los desaparecidos de mi ciudad, estampé por las paredes de Rosario trescientas cincuenta imágenes de bicicletas vacías, que nos remiten sutilmente a esas ausencias.

Me cuidaste, seguiste de largo...

Atrás quedó tu bicicleta atada a un viejo árbol.
Debajo del asiento se asomaba una bandera
que a la posta, ese día, no pudo llegar.
Seguro que la enarbolaste antes de tocar el agua,
o la llevaste a otras tierras y de tanto en tanto la desempolvás.
O la encontró tu vieja y se fue de ronda con ella.

*Hoy voy por las calles
rescatando paredes que ocultan antiguas historias,
les extraigo el alma y se la dibujo en la piel.*

Estas veredas son las mismas que mis pies de joven pisaron.
Y aunque la ciudad parece otra,
sólo se cambió el vestido y se pintó un poco la cara.
En esta esquina nos dimos un beso,
en aquella pared, aerosol en mano, escribiste la palabra: ¡Libertad!
Detrás de ese tapial nos refugiamos...

...y ahí esta tu bici

¿Cuándo vendrás a buscarla? ■



25.

«En memoria»

Jorge Eduardo Rulli

Me enteré de la muerte de Rodolfo G. Kusch por un trozo de diario viejo con el que tropecé volviendo del recreo, en el Penal U9 de La Plata, donde desde hacía un año, en tres metros cuadrados, convivía con un compañero de celda trastornado. No tuve con quién llorar mi dolor ese día sino con el pobre loco que se balanceaba en su camastro murmurando sonnetes indescifrables. Había llegado yo a lo hondo de esa indigencia del existir que Kusch describía en su obra. Había conocido todos los horrores y los espantos del Poder desnudo, que no es sino la otra cara del racionalismo europeo trasplantado. En la miseria de mi pobre condición humana, el cuerpo torturado y el uniforme hediondo, había hecho ese periplo atroz del indio americano, desde la incertidumbre y el desasosiego de la existencia hacia la propia conciencia, hacia el sí mismo, hacia la luz y el redescubrimiento de los dioses que desde lo alto guían los caminos de América.

El 30 de setiembre de 1979 Rodolfo Kusch murió en Buenos Aires. Fue el más grande pensador vivo que tuvo en la década del setenta el Movimiento Nacional. Lamentablemente, no muchos pudieron abreviar en su inagotable vena filosófica. Su relativa soledad se

debió a falsos mitos sobre la idea del progreso y del desarrollo, que sedujeron a una generación. La juventud fue arrebatada por las grandes utopías, pero ellas se cubrían de ropajes «occidentalizados». Y en la hora de los hornos, bajo la más feroz de las dictaduras militares, cuando en el dolor y en el horror nos reencontramos, reencontramos también ya sin soberbia, a nuestra despojada humanidad, nuestro profundo desasosiego, nuestra angustia por nosotros y por el país. Entonces sí, el pensamiento de ese gigante que fue Kusch se nos hizo a todos imprescindible. Pero Kusch ya no estaba, al menos físicamente. También a él lo arrastró la tormenta.

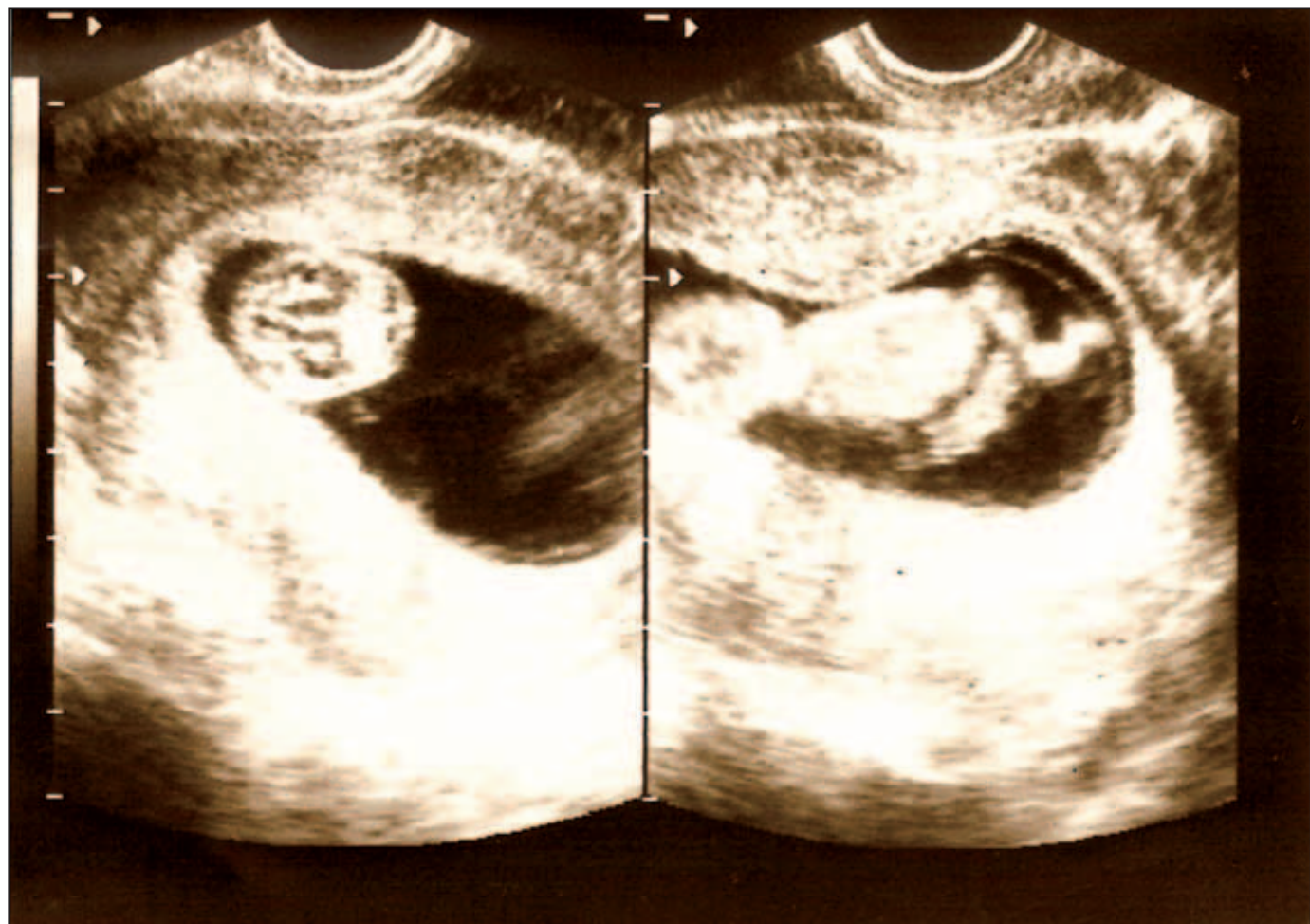
En 1976 fue expulsado de sus cátedras en la Universidad de Salta. Luego de haber estado en la mira de la pequeña burguesía radicalizada a la que criticó sin arredrarse ante amenazas, pasó a ser un enemigo para esa otra pequeña burguesía militarizada, que probó su eficiencia en la irracionalidad de los campos de exterminio y en el «orden» que impuso en las calles a sangre y fuego. Y allá fue Kusch. Exiliado en su propia tierra como tantos otros, en busca de nuevos y antiguos horizontes, a la frontera donde el país se hace América, a Maimará, en la Quebrada de Humahuaca. Allí el filósofo conversó con su vecino Juan Mamani, y con esos hombres pequeños y tiernos, vencedores del tiempo, hombres de heridas ancestrales, de coplas y bagualas desgarradas. Entre ellos el pensador hizo más sólidas sus convicciones: la cultura es una cuestión de tripas. Viejo andariego del altiplano, Kusch se hizo uno más entre la gente, asimilado a sus costumbres y a sus modos de ser:

«Ahí comprendemos que vivir no consiste sólo en tener cosas». Su reflexión se enriqueció en la entraña de América, y su pensamiento ahondó en el drama de ese hombre indigente ante la existencia, pero capaz de alcanzar el equilibrio con lo sagrado.

Kusch tuvo la lucidez de comprender que un pensamiento americano no podía gestarse a partir de las filosofías europeas, sino a partir del pensamiento popular mismo, pensamiento al que estudió y auscultó con fervorosa atención: desde su teatro de los años cuarenta en el que avizoraba para América una estética del espanto y de lo tenebroso que cerraba el ajuste de la transición hacia la luz; hasta sus estudios de las culturas indígenas llevados a cabo en arduos caminares por México, Perú y Bolivia. Supo ver que ese sustrato indígena pervivía en el hombre urbano, y supo también exponer ese inexcusable mestizaje de lo americano en libros que serán siempre obras de renovada iniciación para todos los que hayan hecho una opción por América: *La ciudad mestiza*, *Seducción de la barbarie*, *América profunda*, *El pensamiento indígena y popular en América*, *Geocultura del hombre americano*, *Esbozo de una antropología filosófica americana*, y *La negación en el pensamiento popular*.

Dice un proverbio oriental que al maestro no se lo busca: se lo encuentra. De esa forma conocí a Kusch, en medio de la militancia de aquellos años. Fui una noche a su departamento de la calle Cangallo. Y entre mucha gente que llenaba la casa dándole al loco y al vino, supe que había encontrado

un camino donde volcar la pasión de una búsqueda. Desde aquel encuentro acunamos muchos sueños, muchos planes locos; corrimos aventuras intelectuales y de las otras. En el '75, año de repliegue y extravíos del proceso revolucionario, me fui a Salta para estar cerca del maestro y del amigo. Buscábamos, aquella frontera que nos renovara las fuerzas, la fe y el entusiasmo. Muchas veces fui a ver morir los días en Maimará y a conversar con él sobre ese amanecer americano. ■



26.

«A la memoria»

Marta Betoldi y Mario Pasik

*Puedo sostenerte en el breve espacio que media entre tu cuerpo y el mío,
entre tu alma y la nuestra,
y en ese retazo de Dios que habita el «para siempre» abarcando el infinito.*

*Puedo parirte desde la memoria sensorial de mis recuerdos,
tus olores en mi piel,
mi mirada en tu adentro.*

*Puedo poseerte si te pienso en mi aquí desde tu ahora,
En mi hoy hasta tu ausente.
Si te canto, si te abarco, si te nombro,
desafiando el vacío de la muerte.*

*Puedo retenerte en el suspiro que hilvana la distancia de los tiempos,
tus ojos en los míos.
Dignificar la nada de la espera.
Resguardar tu risa entre mis días
Sentirte vital y colorida
Recuperando el vacío de la ausencia, de la sangre, de la herida.*

*Puedo sostenerte, parirte, poseerte, retenerte por siempre
en el regazo caliente de mis días,
para vencer por fin a tanta muerte.*



27.

«Trilce»

José Luis Mangieri

Isabel Valencia de Fernández y Horacio Fernández.

Militantes activos por un país mejor en la dorada década del '60 cuando creíamos que a la vuelta de la esquina nos esperaba la historia con los brazos abiertos y nos pegamos un frentazo con 30.000 desaparecidos, miles de exiliados en el exterior y otros miles padeciendo el exilio interior.

Eran dueños de la excelente librería «Trilce» en la avenida Independencia al tres mil, pegadita a la Facultad de Filosofía y Letras. A Isabel la secuestraron y desaparecieron el 17 de octubre de 1976 en su librería delante de su hijito Camilo (nombrado así en homenaje a Camilo Torres). Isabel era de armas llevar y de poner el cuerpo. Su librería era un lugar mitológico de encuentro de la militancia universitaria, aquella que también puso el cuerpo sin retaceos. Para Isabel, montonera y peronista, aquel 17 de octubre fue el punto de partida de su deambular por los centros de tortura: el Moyano, la ESMA. Abel Langer, hoy conocido psicólogo, la rastreó por cielo y tierra hasta que Lila Pastoriza —también secuestrada en la ESMA— nos hizo llegar el mensaje terminal: «No la busquen más...».

A Horacio lo quisieron levantar en su casa de la calle Colombres en abril del '77. Tenía una escopeta de caza y se resistió a los tiros. Militaba en la FAL (Fuerzas Armadas de Liberación); también Camilo estaba presente.

Aquella librería «Trilce» tenía un cadete, un pibe, uno más de los que la frecuentábamos diariamente: el Chacho Alvarez, que ya en la militancia política buscó afanosamente a Camilo para ayudarlo. Camilo debe andar por los casi 40 años. No sé qué recuerdos tendrá de sus padres militantes ni de los amigos y compañeros que frecuentábamos «Trilce».

Hoy los rescatamos en esta foto, jóvenes, alegres, entusiastas en su ámbito laboral. Todos éramos jóvenes, todos éramos alegres. Ahí no más estaba el Mayo francés, la revuelta del estudiantado anti-autoritario alemán que dirigía Rudy Dutschke, los hippies norteamericanos que ayudaron al retiro de las tropas de los Estados Unidos de Vietnam. Estaban el Che, la China de Mao, Corea del norte, Vietnam y el hervidero de Latinoamérica.

Y estaban Isabel y Horacio en el imán de la librería «Trilce».

En estas líneas no hay melancolía. Simplemente memoria histórica sobre Isabel y Horacio que, como los comuneros de París, fueron al asalto del cielo. ■



28.

«Biblioclastas»

Alejandro Kaufman

¿Produjeron esta foto?
La produjeron.

¿Es original?
¿O: tiene antecedentes?
Genealogías biblioclastas.

Esto lo sabían.
¿Lo sabían?

¿Creían que se saldrían con la suya?
¿Se salieron con la suya?
¿O: juego de suma cero?

¿Sabían lo que hacían?
¿Sabían que lo hacían?

¿Podían creer lo que creían?
¿Sabemos qué creían?
¿Creemos que lo sabemos?

¿Nos formulamos las preguntas necesarias al respecto?
¿Estamos en condiciones de formularlas?
¿Cuáles son esas condiciones?

¿Qué fue lo que destruyeron?
Lo que destruyeron,
¿fue llorado?
¿Fue reconstruido?

¿Qué creían que estaban haciendo?
¿No sabían que las voces más fuertes son las más débiles,
las acalladas, humilladas, desaparecidas?

¿No habían visto aquellas otras fotos, de épocas anteriores?
Las habían visto, claro.
Fueron su matriz, su modelo, su inspiración.

¿Esta foto suele ser reproducida, recordada, reiterada?
Acaso, incluso, ¿banalizada?
(Como sucede con aquellas otras)

¿O, en cambio, se deja echar de menos?
(Como no sucede con aquellas otras)

Y si eso se deja echar de menos, ¿cuál es el problema? ■



29.

«Un odio ancestral»

Ernesto Jaureche

Lo que culminó en marzo de 1976 empezó un 16 de junio de 1955... Y yo estuve allí, coniado y alegre rumbo a mi escuela técnica. Era parte de un pueblo feliz. Y en esa fecha, lo comprendí en seguida, nos instalaron el odio, la fiebre de la muerte.

Sólo un encono repugnante, demencial y antiguo explica el bombardeo a una ciudad abierta sin previo aviso. Al mediodía, una Plaza de Mayo colmada de gente. Crimen salvaje como el de Guernica, pero peor: fue entre compatriotas y de tamaño genocida. Sigue esperando quien lo pinte. Ese día se desató la ira de los codiciosos, el desdén racista, un rencor ancestral: el odio de los ricos y poderosos contra el 17 de octubre de 1945.

Ese fatídico junio del '55 se volvió a matar a Manco Cápac, Moctezuma, Guatimozin, Atahualpa, Siripo, Lautaro, Caupolicán, Amaru, Katari y tantos abuelos de nuestras luchas por la dignidad, la libertad y la justicia. Igual que en 1856 cuando al valimiento de Mitre se degollaban gauchos por deporte, como en 1865 se exterminó al pueblo libre del Paraguay en la guerra de la Triple Infamia, como clavaron en una pica la cabeza del Chacho

Peñaloza, como se suprimió a los indios de la pampa en la Conquista del Desierto, como los «niños bien» cazaron obreros anarquistas en las jornadas de la Semana Trágica, como se fusiló a más de mil peones criollos e inmigrantes en la Patagonia Rebelde.

A despecho de tanto ultraje y violencia, esa Nación, la de la Patria Grande, que los constitucionalistas creyeron derogada por arte de magia de la ley, había vuelto a ponerse de pie un 17 de octubre de 1945: otra vez los calchaquíes, quechuas y aymaras, los guaraníes, charrúas, ranqueles, tehuelches y mapuches, los gauchos y criollos pobres; todos ahora hermanos obreros industriales, rubios vecinos pobladores de arrabales ciudadanos, cabecitas negras venidos del interior, atravesaron el riachuelo y metieron las patas en la fuente de Plaza de Mayo, hollaron el templo unitario, occidental y cristiano: la cabecera de puente de lo extranjero. Yo había estado, en brazos de mi madre trabajadora.

En 1955 volvió la revancha oligárquica. Impunidad y crímenes contra las mayorías populares: proscripción política, persecución ideológica y marginación

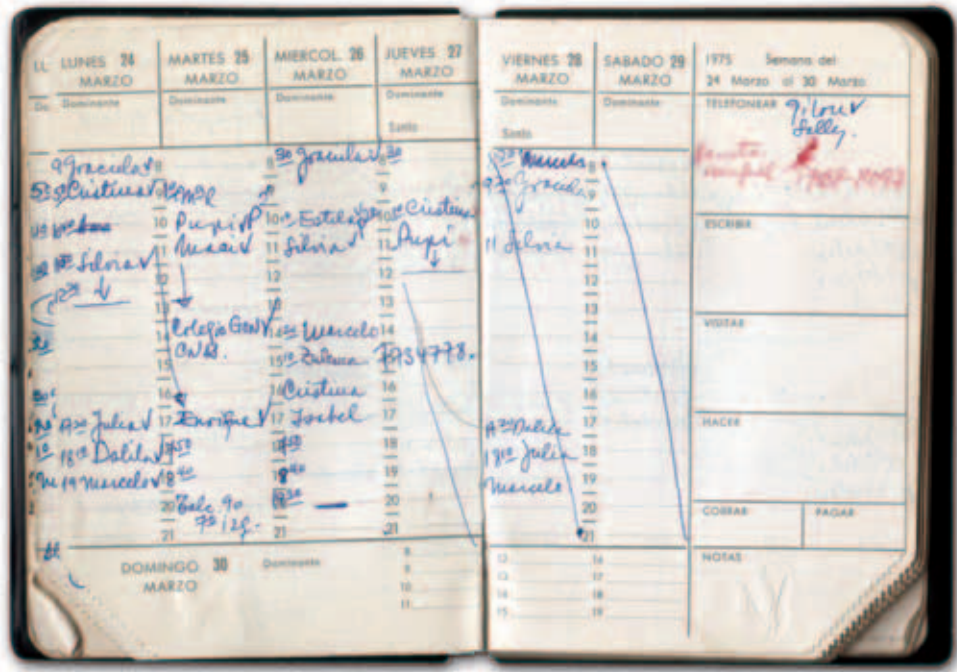
social, cárceles, torturas y fusilamiento de trabajadores, de militantes por la autodeterminación nacional, la democracia política y la igualdad entre los hombres.

Y cuando dieciocho años después, en los '70, los relegados logramos la solidaridad de la sociedad blanca, porteña, europea, ellos dijeron BASTA. Estos negros de mierda quieren ser libres y disfrutar de las riquezas, patrimonio y bienestar que hemos construido a su costa, sobre su miseria y humillación. Quieren ser iguales a nosotros y compartir nuestros privilegios. JAMAS. Nunca permitiremos que esos bárbaros amenacen a nuestra civilización.

Y vino el Apocalipsis. Otra vez el aniquilamiento. Treintamil de nuestros mejores hermanos cayeron escribiendo una nueva página de las luchas populares por la justicia social, la independencia económica y la soberanía política.

Yo también estuve aquí. Y vi cómo muchos de los que no entendieron en 1955, se arrepintieron luego. Pero ya era tarde.

Ojalá entiendan ahora que no nos han vencido ni nos vencerán jamás, porque somos la tierra y sólo nos domina el espíritu de la libertad. **Que estamos de pie y preparados para librar nuevos ayacuchos, otra Vuelta de Obligado, renovados cepeadas y miles diecisiete de octubre. Y yo volveré a estar. ■**



30.

«La transmisión debida»

Martha I. Rosenberg

¿Por qué esa insistencia en «transmitir» nuestra experiencia a las generaciones que nacieron post-dictadura? ¿Por qué pensamos que no hemos transmitido suficiente, o que no hemos transmitido bien? ¿Alguna experiencia se puede transmitir sin pasar por nuestros olvidos, silencios, deformaciones? ¿Por qué pensamos que hay algo no-transmitido, cuando lo que parece ocurrir es que lo que pasó —más allá de nuestras intenciones— no desarrolló en nosotros los efectos «debidos»? ¿Hemos perdido el sentido de lo que en ese momento significó el golpe militar? ¿Hemos transmitido otra cosa?

La preocupación por la transmisión es de los que somos sobrevivientes. Transmitimos que —a pesar de todo— seguimos viviendo, en este país, o en otros que supimos conseguir. Que también supimos conseguir —bajo la dictadura, o en el destierro al que muchos fueron arrojados— algunas cosas que deseábamos.

Sumid@s en la angustia, la tristeza, la frustración de nuestros ideales políticos comunitarios, buscamos y encontramos maneras de seguir adelante con nuestras vidas privadas, con mayor o menor holgura material que la que teníamos y estábamos dispuestos

a admitir como aceptable. Estudiamos más que antes, aprendimos oficios y profesiones a partir de lo que eran sólo actividades militantes, inventamos formas de sobrevivir de cualquier manera (y hasta de algunas buenas maneras), cambiamos de forma de pensar, nos dedicamos a nuestras familias, conservamos en las catacumbas libros, ideas y discursos políticos que (nos) costaron muchas vidas. Postergamos y evitamos mucho tiempo las discusiones políticas con propios y ajenos. Aprendimos —por los efectos de su notoria omisión local, o por la experiencia en los países del exilio— el valor de la democracia formal, que desconocíamos y despreciábamos.

Lo que se transmite (lo que hemos transmitido) efectivamente es lo que hicimos con lo que nos pasó. Nuestras opciones. Quien pudo vivir mucho tiempo sin hablar de lo que (le) ocurría a él-ella o a sus semejantes, quien pudo enseñar a sus alumnos o educar a sus hijos sin que algo de su dolor e indignación se transmitiera, puede que no haya sufrido tanto. O cree fundamental no hablar de lo perdido. O negar que perdió algo. O disimular que algo ganó. Y ahora las generaciones herederas le dirigen el reclamo (que

siempre queda grande o chico) de haber participado en una gesta heroica.

Para algun@s, el 24 de marzo de 1976 marca el paso previsible de la represión desatada mucho tiempo antes sobre la militancia revolucionaria —fuera o no violenta—, durante las dictaduras militares previas y el gobierno constitucional de Perón/ Martínez de Perón.

El golpe oficializa la violencia del Estado mafioso al darle una legalidad refrendada por las tres armas cuya función dice proteger los derechos de todos.

Para quienes fuimos parte del blanco de ese golpe, el 24 de marzo de 1976 se acentúa el conflicto permanente entre el resguardo de la propia identidad política e ideológica, y la conservación de la vida. La decisión de jugarnos a vivir aquí —para la mayoría no hubo otra alternativa— nos convirtió en testigos y objeto de ataques permanentes y de toda índole. Sólo nuestra imaginación garantizaba la seguridad de las madrigueras que ya habitábamos, o que supimos construir, y sus máscaras correspondientes, que siempre terminan por estar pegadas a la cara.

Estudiar psicoanálisis, feminismo y filosofía, mantener el grupo de reflexión feminista que me centraba en lo político de mi vida personal, la solidaridad con amigas y amigos encarcelados o perseguidos, atender a militantes en diversos tipos de emergencia y desazón, cuidar a mis hijos, aprender a cocinar rico, cantar en coro, cultivar mis plantas, fueron mis salvaguardas subjetivas entre las desapariciones de compañer@s, las despedidas permanentes de exiliados forzosos y no tanto, y el mal de ausencia de mis amores ahora lejanos.

La transmisión no es el recitado de la historia ni la repetición de los homenajes.

No transmitimos lo que queremos, sino lo que somos. Y no sólo lo que nos parece bueno de lo que somos.

Si «los nuevos» imaginan mundos que no reconocemos como mejores que los que nosotros imaginamos, allí anida un fracaso que no es de transmisión. Y puede ser valioso transmitir el reconocimiento de que nuestras acciones no nos condujeron a nuestros fines. ■

Los autores



01. **María Pía López** (Buenos Aires, 1969) es socióloga, ensayista, docente e investigadora en la UBA. Integra el grupo editor de la revista de crítica cultural *El ojo mocho*. Es autora de los libros *Sábado o la moral de los argentinos* (en colaboración con Guillermo Korn, 1997), *Mutantes. Trazos sobre los cuerpos* (1997) y *Lugones. Entre la aventura y la cruzada* (2004).



02. **Miguel Vitagliano** (Buenos Aires, 1961) es escritor. Actualmente se desempeña como profesor de Teoría Literaria en la UBA y como docente de escuela media. Ha publicado las novelas *Los ojos así* (1996), *Vuelo triunfal* (2002), *Golpe de aire* (2004), entre otras, y los libros de ensayos *Lecturas críticas sobre la narrativa argentina* (1997) y *El terror y la gloria* (1998).



03. **Graciela Montes** (Buenos Aires, 1947) es escritora. Durante veinte años formó parte del Centro Editor de América Latina (CEAL) y fue cofundadora de la editorial *Libros del Quirquincho*. Es autora de varios libros para chicos como *Aventuras y desventuras de Casiporro del Hambre* (1995), *El golpe y los chicos* (1996) y *Elisabet* (1999), entre muchos otros. En 2005 publicó *El turno del escriba*, novela escrita en coautoría con Ema Wolf.



04. **Liniers** (Buenos Aires, 1973) es dibujante. Publicó sus historietas en el suplemento de Página/12, *NO!*, en el diario *La Nación* y en diversos medios de España, Brasil y Estados Unidos. Es autor (junto a Santiago Rial Húngaro) de *Warhol para principiantes* (2001) y de *Macanudo* (2004), *Macanudo 2* (2005) y *Bonjour* (2005).



05. **Laura Beatriz Vilte** (Purmamarca, Jujuy, 1947) es maestra, licenciada en Psicología y directora en la Escuela Rural N° 21 «Pedro Goyena» de Purmamarca. Enseña en el Bachillerato N° 18 de esa localidad y en el Instituto de Formación Docente Continua N° 2 de Tilcara.



César Alejandro Vilte (San Salvador de Jujuy, 1979) es docente de Educación Musical, compositor e intérprete de música regional y latinoamericana. Trabaja con niños en Regímenes Especiales y Educación no formal.



06. **Joaquín Furriel** (Buenos Aires, 1974) es actor. Trabajó en diversas series de televisión. En cine protagonizó *1420, la aventura de educar*. Participó del ciclo *Teatro por la Identidad*. Actuó en obras teatrales como *Sueño de una noche de verano*, *Don Chicho* y *El puente*. En 2006 protagoniza *La Mala Sangre*, de Griselda Gambaro. Realizó giras en España, Brasil y Francia.



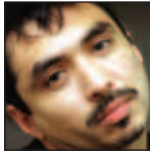
07. **Maristella Svampa** (Allen, Río Negro, 1961) es socióloga, docente universitaria e investigadora del CONICET. Publicó los libros de ensayo *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras* (2003, con Sebastián Pereyra), *La brecha urbana* (2004) y *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo* (2005), entre otros. También es autora de una novela, *Los reinos perdidos* (2005).



08. **Carlos Del Frade** (Rosario, 1960) es periodista, escritor y docente de historia y periodismo. Conduce diversos programas radiales en su ciudad natal, entre ellos *Sobre la hora* por FM TL 105.5 de Rosario. Ha publicado *La iglesia y la construcción de la impunidad* (1995), *Desaparecidos, desocupados* (1996) e *Impunidades y esperanzas* (1997), entre otros trabajos.



09. **Carlos Alonso** (Mendoza, 1929) es pintor y dibujante. Estudió con Ramón Gómez Cornet y con Lino E. Spilimbergo. Realizó muestras en todo el mundo e hizo ilustraciones de obras clásicas como *Don Quijote de la Mancha* y *La Divina Comedia*. Tiene además series inspiradas en *El Matadero*, *El juguete rabioso* y *La lección de anatomía*, entre otras. Su *(Auto)biografía en imágenes* se publicó en 2003.



10. **Cristian Alarcón** (La Unión, 1970) es periodista. Ha sido docente en la Universidad Nacional de La Plata y en la Universidad de Barcelona. Se especializa en investigación sobre exclusión social y violencia urbana. Colaboró en las revistas *TXT*, *Rolling Stone*, *Cambio*, *Lateral* y *Planeta Humano*. Trabaja en el diario *Página/12*. Publicó el libro *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vida de pibes chorros* (2003).



11. **Christian Ferrer** (Santiago de Chile, 1960) es ensayista, sociólogo y profesor de la UBA. Integró los grupos editores de revistas como *La Caja* y *La Letra A*. Actualmente forma parte de los grupos editores de *El Ojo Mocho*, *Artefacto* y de la revista *Sociedad de la Facultad de Ciencias Sociales* (UBA). Publicó, entre otros, los libros *Mal de Ojo. Ensayo sobre la violencia técnica* (2000) y *Cabezas de tormenta. Ensayos sobre lo ingobernable* (2005).



12. **Gustavo López** (Bahía Blanca, 1959) es artista plástico, curador y editor. Fundó y dirige las revistas *VOX* y *VOX virtual*, impulsoras desde Bahía Blanca de la renovada escena poética de los últimos años. Es además editor de la colección de poesía de *ediciones VOX*. Ha curado numerosas muestras y dicta clases de gestión cultural y arte contemporáneo.



13. **Florencia Abbate** (Buenos Aires, 1976) es escritora, periodista y docente. Dicta clases en la UBA. Publicó la novela *El grito* (2004), el volumen de cuentos para niños *Las siete maravillas del mundo* (2006), el poemario *Los transparentes* (2000), y el libro-objeto *Shhh. Lamentables documentos* (2002), entre otros. Ha colaborado en *La Nación*, *Perfil*, *Página/12* y *Clarín*.



14. **Albertina Carri** (Buenos Aires, 1973) es directora de cine y guionista. Realizó los cortometrajes *Aurora* (2001) y *Barbie también puede estar triste* (2001) y los largometrajes *Los Rubios* (2003), *Géminis* (2005) y *La Rabia* (aún sin estrenar). *No quiero volver a casa* (2000) fue su opera prima. Sus películas participaron en festivales de Buenos Aires, Rotterdam, Londres, Viena y Toronto, entre otros.



15. **Sebastián Hacher** (Buenos Aires, 1976) es periodista y fotógrafo. Trabaja en diversos medios alternativos, para los cuales cubre noticias ocurridas en distintas provincias argentinas y en Bolivia. Es además productor de un programa televisivo de investigación periodística.



16. **Lucas Di Pascuale** (Córdoba, 1968) es artista plástico y diseñador. Fue becario del *Proyecto Trama* e impulsor de proyectos artísticos colectivos como *Los hijos de Vincent*, *Partido Transportista de Votantes*, y más recientemente, *I love my car*. En 2002 realizó un CD interactivo, *Chocolates argentinos*, sobre la guerra de Malvinas.



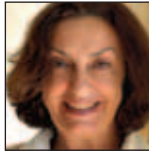
17. **Sergio Schmucler** (Córdoba, 1959) es escritor y periodista. Ha hecho guiones y dirigido trabajos para la televisión y el cine así como obras de teatro en México y Argentina. En el año 2000 publicó su novela *Detrás del vidrio*. Es director de la revista cordobesa *La intemperie*.



18. **Adrián Paenza** (Buenos Aires, 1949) es matemático y periodista. Se desempeña como docente en la UBA y como periodista en distintos medios televisivos, radiales y gráficos. Fue redactor de revistas como *Veintiuno* y *TXT*. Actualmente conduce el programa de televisión *Científicos Industria Argentina*. En 2005 publicó el libro *Matemática... estás ahí?*.



19. **Héctor Tizón** (San Salvador de Jujuy, 1929) es escritor. Se desempeñó como abogado, periodista y diplomático. En la actualidad es Juez de la Corte Suprema en su provincia natal. Son de su autoría los libros *La casa y el viento* (1984), *La mujer de Strasser* (1997) y *Fuego en casabindo* (2000), entre muchos otros. Su obra ha sido traducida al francés, italiano, inglés, ruso, polaco y alemán.



20. **Pilar Calveiro** (Buenos Aires, 1950) es doctora en Ciencias Políticas y actual profesora de la Universidad Autónoma de Puebla. Reside en México desde 1979. Publicó *Poder y desaparición* (1998), *Redes familiares de sumisión y resistencia* (2004), *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años setenta* (2005) y *Familia y poder* (2005).



21. **Adriana Lestido** (Buenos Aires, 1955) es fotógrafa. Trabajó en fotoperiodismo para diversos medios nacionales y extranjeros. Ha realizado varias investigaciones fotográficas, que resultaron en una serie de muestras y libros, entre ellas *Amores Difíciles* (Madres e Hijas, 1995-98), *Mujeres Presas con sus Hijos* (1991-93), *Madres Adolescentes* (1988-90), *Hospital Infanto-Juvenil* (1986-88).



22. **Violeta Núñez** (Buenos Aires, 1951) es pedagoga social y profesora titular en el Departamento de Teoría e Historia de la Educación en la Universidad de Barcelona. Tiene una amplia experiencia en ámbitos socio-educativos, desde la realización de seminarios y conferencias hasta asesoramientos institucionales y supervisiones. Es autora de numerosos artículos y libros, entre ellos, *Pedagogía social: cartas para navegar en el nuevo milenio* (1999).



23. **María Teresa Constantín** (Buenos Aires, 1950) es crítica e historiadora del arte. Egresada de la Escuela del Museo del Louvre, ha trabajado en museos de España, Francia y Argentina. Es coordinadora de la carrera de Críticos de Arte del Instituto Superior Dante Alighieri. Escribe las columnas de arte de la revista *3 Puntos* y ha publicado diversos libros, ensayos y artículos. Entre ellos, *Manos en la masa. La pintura como resistencia* (2003) y *Gorriarena* (2005).



24. **Fernando Traverso** (Rosario, 1951) es artista plástico. Integra el grupo de artistas *En trámite*. Sus imágenes de bicicletas en las paredes de las calles rosarinas se han convertido, desde hace algunos años, en un elemento permanente del paisaje y un referente de las intervenciones artísticas urbanas sobre los desaparecidos.



25. **Jorge Rulli** (Buenos Aires, 1939) es experto en desarrollo sustentable y uno de los fundadores del *Grupo de Reflexión Rural* que inició en la Argentina la lucha contra los transgénicos. Fue coautor de diversos libros tales como *Transgénicos y fracaso del modelo agropecuario* (2003). Ofició de relator en la película *Los malditos caminos* (2002). Dirige, junto con un equipo periodístico del *GRR*, el *Programa Horizonte Sur* en Radio Nacional AM.



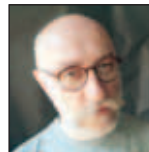
26. **Mario Pasik** (Buenos Aires, 1951) es actor. Trabajó en programas de televisión y actuó en diversas obras teatrales tales como *Madre Coraje*, de Bertolt Brecht, *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett e *Ífigenia*, de Eurípides. También participó del ciclo Teatro por la Identidad e incursionó en la pantalla grande en films como *¿Dónde estás amor de mi vida que no te puedo encontrar?* (1992), *El dedo en la llaga* (1996) y *Contraluz* (2001).



Marta Betoldi (Buenos Aires, 1960) es actriz y dramaturga. Escribió y protagonizó la obra *Contracciones* en el marco del ciclo *Teatro por la Identidad*. Participó en varias series televisivas y actuó en películas como *No habrá más penas ni olvidos* (1983), *Buenos Aires me mata* (1998) y *El día que me amen* (2003).



27. **José Luis Mangieri** (Buenos Aires, 1924) es poeta y editor. Publicó el libro de poemas *Quince poemas y un títere*. Fundó la revista *Por* y la editorial y revista *La Rosa Blindada* que se relanzó recientemente. Impulsa el sello editorial *Libros de Tierra Firme*. Una extensa entrevista sobre su vida hecha por Karina Barrozo y Hernán Casabella dio origen al libro *Es rigurosamente cierto* (2005).



28. **Alejandro Kaufman** (Buenos Aires, 1954) es profesor, ensayista, traductor e investigador sobre pensamiento contemporáneo en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Se desempeña como docente en las Universidades Nacionales de Quilmes y de Jujuy y ha sido profesor visitante en universidades de Francia y Estados Unidos. Coedita la revista *Pensamiento de los Confines*. Es autor de numerosos trabajos publicados en libros y revistas.



29. **Ernesto Jauretche** (Buenos Aires, 1939) es escritor y periodista. Fue subdirector de la revista *La Maga* y autor de la muestra itinerante *Basta de zonceras-Arturo Jauretche, vida, pensamiento y vigencia*. Publicó los libros *No dejes que te la cuenten: Violencia y política en los 70* (1997), *Héroes. Historia de la Argentina revolucionaria* (junto a Gregorio Levenson) y, en el 2001, *La coyuntura política*.



30. **Martha Rosenberg** (Buenos Aires, 1936) es psicoanalista. Preside el *Foro por los Derechos Reproductivos*. Es coautora del libro *Aborto hospitalizado. Una cuestión de derechos reproductivos, un problema de salud pública* (1996). Ha publicado numerosos artículos sobre psicoanálisis, género y derechos humanos en compilaciones, revistas académicas y medios masivos. Integra el colectivo editor de la revista *El Rodaballo*.

Créditos de las imágenes reproducidas

Página 14: Gauchito del Mundial '78. Colección de Martín Lehrmann.

Página 20: Viñeta de *El Eternauta* de H. G. Oesterheld y Solano López, tomada de la revista *El Eternauta*, Buenos Aires, Ediciones Record, 1993, p. 69.

Página 21: Tira de Liniers publicada en el diario *La Nación* el 14 de agosto de 2003 en la tira *Macanudo*.

Página 24: Fotografía de los festejos del Mundial 1978, extraída de *El terror y la gloria*, de Abel Gilbert y Miguel Vitagliano, Buenos Aires, Norma, 1998.

Página 26: Foto de Galtieri saludando desde la Casa Rosada, el 2 de abril de 1982, aparecida en la *Revista Gente*, Año 17, N° 872, Buenos Aires, 1° de abril de 1982, pp. 52-53.

Página 28: Secuencia de fotos de gol de Mario Kempes, aparecida en la *Revista El Gráfico*, Edición Extra, Buenos Aires, 15 de junio de 1978.

Página 30: Carlos Alonso, *No te vendas* (1978), acrílico, óleo y vendas pegadas sobre madera, 100x70 cm., propiedad del artista.

Página 34: Foto aparecida en la *Revista Gente*, Año 13, N° 658, Buenos Aires, 2 de marzo de 1978, p. 15.

Página 36: Román Vitali, *Ayúdame*, tejido con cuentas acrílicas facetadas encastrables, 2000. Fotografía de Andrea Ostera.

Página 38: Detalle de *Río de la Plata*, intervención realizada por Hernán Reig, perteneciente a la serie *Cincuenta monederos sin cuenta*, 2002.

Página 42: Fotografía de Sebastián Hacher de obra de *Mariana*, que comenzó en 2003 y aún no está finalizada.

Página 48: Fotografía oficial en la que puede verse a Jorge Rafael Videla junto a Henry Kissinger, junio de 1978, Secretaría de Información Pública. Gentileza: Archivo Página/12.

Página 50: Foto de la Estación de tren de Yala, Jujuy, tomada por Alberto Dieguez, 2001.

Página 52: Foto de la familia Videla yendo a misa, aparecida en la revista *La Semana*, N° 368, Buenos Aires, 1983.

Página 54: Foto de Adriana Lestido, tomada en la *Marcha por la Vida* para el diario *La Voz*, noviembre de 1982.

Página 56: Edvard Munch, *El grito*, 1893.

Páginas 58/59: Fotografía que retrata a Amalia Moavro, ampliada del afiche –que aparece en la página siguiente- realizado por el Centro Argentino de Información y Solidaridad, París, c. 1979.

Página 60: Foto de Fernando Traverso, Rosario, 2001.

Página 62: Foto de Rodolfo Kusch tomada de la revista *Antropología del Tercer Mundo*, retocada digi-

talmente por Mario Sánchez Proaño.**Página 64:** Ecografía de Irupé.

Página 68: Foto de Ricardo Figueira, quien trabajaba en el CEAL en el momento de la quema de libros.

Página 70: Fotografía de Francisco Vera, 1955. Colección Eduardo Frías.

Las imágenes reproducidas en las páginas 18, 22, 32, 44, 46 y 66 son fotos personales provistas por los autores de los textos respectivos.

Las fotos de los autores (páginas 74-77) fueron provistas por ellos mismos, a excepción de Lestido (foto: Gustavo Gilabert), Furriel (foto: Bernardino Avila), Mangieri (foto: Jorge Larrosa), Alarcón (foto: Arnaldo Pampillón), Svampa y Kaufman (fotos: Gonzalo Martínez), Tizón y Montes (fotos: Ana D'angelo), Paenza (foto: Rafael Yohai), Ferrer (foto: Gustavo Mujica).

Agradecemos a la Editorial Norma la gentileza de cedernos las fotos de Calveiro y Vitagliano, ambas tomadas por Laura Pribluda.

Índice

Presentación del Lic. Daniel Filmus	5
Presentación del Prof. Alberto Sileoni	7
Introducción	9

01. María Pía López	14/15
02. Miguel Vitagliano	16/17
03. Graciela Montes	18/19
04. Liniers	20/21
05. Laura y Alejandro Vilte	22/23
06. Joaquín Furriel	24/25
07. Maristella Svampa	26/27
08. Carlos Del Frade	28/29
09. Carlos Alonso	30/31
10. Cristian Alarcón	32/33
11. Christian Ferrer	34/35
12. Gustavo López	36/37
13. Florencia Abbate	38/39
14. Albertina Carri	40/41
15. Sebastián Hacher	42/43
16. Lucas Di Pascuale	44/45
17. Sergio Schmucler	46/47
18. Adrián Paenza	48/49
19. Héctor Tizón	50/51
20. Pilar Calveiro	52/53
21. Adriana Lestido	54/55
22. Violeta Nuñez	56/57

23. María Teresa Constantín	58/59
24. Fernando Traverso	60/61
25. Jorge Rulli	62/63
26. Mario Pasik y Marta Betoldi	64/65
27. José Luis Mangieri	66/67
28. Alejandro Kaufman	68/69
29. Ernesto Jauretche	70/71
30. Martha Rosenberg	72/73

Los autores	74
Créditos	78

